LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.....	8.400 reis.	4.200 reis.	2.300 reis.

AÑO XVI. — NÚM. VIII.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 24 de Febrero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas...	L. E.—3	L. E.—1-12/4

El padre Jacinto (pág. 119).

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por don E. Martinez de Velasco.—Recuerdos de la emigracion: los primeros dias del año 1867 en París, por don Emilio Castelar.—El padre Jacinto y el abate Michaud, por X.—Varadero de Barcelona.—Crítica literaria: el nuevo libro acerca de don Juan Ruiz de Alarcon; carta á su autor, don Luis Fernandez-Guerra y Orbe, por don Adolfo de Castro.—El globo de M. Dupuy de Lôme.—El espíritu del siglo, novela continuacion, por don Ramon de Navarrete.—Sucesos de Valladolid.—«San Nicolás de Bari,» cuadro de Jordan.—Apuntes sobre el arte, por don J. Cabiedes.—Los príncipes de Gales y sus hijos.—La guerra, poesía, por don Jacinto Labaila.—La suscricion nacional en Francia.—Los nuevos impuestos.—Recuerdos de Filipinas (conclusion), por don A. de Villaralbo.

GRABADOS.—Retrato del padre Jacinto.—París: el globo de M. Dupuy de Lôme.—Valladolid: reunion en el Campo Grande, entre los estudiantes y los cadetes.—El varadero de Barcelona.—Inglaterra: los príncipes de Gales y sus hijos.—Bellas artes: «San Nicolás de Bari,» cuadro de Jordan, de la *Galería* de don F. Brabo, de Buenos-Aires.—París: el pueblo leyendo y comentando los edictos sobre los nuevos impuestos.—Cuestacion por las artistas del teatro Frances, para la obra nacional.—Tipos filipinos: indios elegantes.—Ajedrez.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

EXTERIOR.—INGLATERRA.—La cuestion del *Alabama*.—Historia de este buque.—Un duelo á muerte.—Ultimas noticias.—INDIA INGLESA.—Asesinato de lord Mayo, gobernador general.—ALEMANIA.—Pruebas de desconfianza y descontento.—AUSTRIA.—Modificacion ministerial.—Los húngaros y los croatas.—FRANCIA.—Un programa monárquico.—La situacion se despeja.—BUENOS-AIRES.—La Exposicion nacional de Córdoba.
INTERIOR.—Decretos interesantes.—Crisis ministerial.—Dos partidos.—El nuevo ministerio.—Los emperadores del Brasil.
TEATROS.—Bailes de máscaras.
SALONES.—Bailes de niños.—Recepciones.

Meses hace ya,—cuando la atencion de los hombres políticos estaba fija en los grandes sucesos que nos comunicaba el telégrafo, y luégo nos referian con gran copia de detalles los periódicos extranjeros, de la sangrienta guerra franco-alemana,—anunciamos á los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA que las constantes reclamaciones del gabinete de Washington, á propósito de la cuestion, despreciable al parecer, del *Alabama*, envolvian una gravedad demasiado notable, para que el mundo político no parase mientes en las mal encubiertas amenazas que se dirigian á la Gran Bretaña, por sus primos hermanos de allende el Océano.

Hagamos la historia, aunque brevemente, de este asunto.

Durante la guerra separatista, los Estados del Sud armaron numerosos corsarios, que fueron el terror de la marina federal: el *Sumter*, el *Nashville*, la *Retribution*, el *Tacony*, el *Tallahassee* y otros, habian sido construidos y equipados en puertos americanos: pero cuatro de ellos, *Florida*, *Georgia*, *Shenandoad* y *Alabama*—el más célebre de todos—salieron de los arsenales de Inglaterra.

Es de advertir, que tanto las leyes de esta nacion, como las de los Estados Unidos, dejan á la industria de construcciones navales *en libertad absoluta*; y claro está que para cualquiera de los dos gobiernos es muy difícil, en circunstancias dadas, mantenerse neutrales.

Nosotros mismos, los españoles, lo estamos presenciando hoy en la guerra de Cuba, puesto que casi, y áun sin casi, todas las expediciones filibusteras han salido de los puertos norte-americanos.

No ignoramos que hay un decreto, *The foreingn enlistment act* (acta sobre el enganche de extranjeros), promulgado en 1819, que pretende dar reglas en tales casos; pero es un decreto que puede eludirse bien fácilmente, y exige, en su ejecucion, tantas formalidades y tan minuciosas, que viene á ser arma ilusoria entre las manos del Estado.

Pues bien: la indemnizacion de los estragos que los cuatro corsarios citados causaron á la marina y al comercio de la América del Norte, es el objeto de las reclamaciones que, por espacio de diez años, ha dirigido el gobierno de los Estados Unidos al gabinete de Saint-James.

Porque justamente, en el mes de Febrero de 1862, fué botado al agua, en el puerto de Liverpool, el famoso buque corsario cuyo nombre se repite ahora tantas veces en las cancillerías de Europa y de América.

No hay para qué decir que lord John Russell, á la sazon presidente del ministerio inglés, ordenó que el *Alabama* estuviese constantemente sometido á muy exquisita vigilancia: pero en la mañana del 29 de Julio del año citado, y con el pretexto de un paseo marítimo, por via de ensayo, el *Alabama* salió del Mersey, deslizóse precipitadamente por el canal de San Jorge, ganó alta mar, y huyó de las costas de Inglaterra.

A cuatrocientas leguas de distancia del puerto de partida, á las Azores, fué á armarse y equiparse para la lucha terrible que meditaba.

¿Quién no recuerda la historia de este buque atrevido? ¿Quién ignora sus audaces viajes por los dos Océanos, desde la Tercera al cabo de Buena Esperanza, desde Singapore á la Jamáica? ¿Quién se ha olvidado de sus numerosas presas, de sus abordajes, de los navíos que destruyó, de los cargamentos que arrebató á los buques federales?

Y tambien se acordarán nuestros lectores de aquel famoso cartel de desafío que Mr. Semmes, capitan del *Alabama*, envió á Mr. Wupslow, capitan del *Kearsage*, corbeta federal, que siguió á aquél constantemente, á través de mil leguas, hasta darle caza en el puerto de Cherburgo; tambien se acordarán del espantoso duelo marítimo que tuvo lugar el 19 de Junio de 1864, á doce kilómetros de este último puerto, duelo horrible en el cual fué vencido el *Alabama*, despues de haber disparado más de seiscientos cañonazos, que se hundió silenciosamente en el mar.

Esta es la historia del renombrado corsario, y esta la de las reclamaciones del gabinete de Washington.

En las dos Cámaras inglesas acaba de tratarse ampliamente de este asunto: el duque de Richmond en la de los Lores, y Mr. Disraeli en la de los Comunes, pronunciaron discursos violentos contra el gobierno: pero lord Granville y Mr. Gladstone contestaron que las reclamaciones de los Estados Unidos no eran aceptables, y que ellos, sin sacrificar los derechos del país, no despreciarian ningun esfuerzo para llegar á una solucion satisfactoria.

Mas si el gobierno inglés aparece animado de un vehemente deseo de conciliacion, el presidente Grant no quiere ceder en el asunto, segun el *New York Herald*, que tenemos á la vista,—y se espera con verdadera ansiedad, en todos los círculos políticos, la respuesta del gabinete de Washington á la última nota que le ha dirigido el de Saint-James.

Sin embargo, ¿aventuramos al suponer que no estallará la lucha?

Creemos que no, y es de desear seguramente.

* * *

Ya que hemos empezado esta *Revista* hablando de los asuntos de Inglaterra, permitásenos traducir algunos párrafos que el *Globe* de Lóndres, del 12, ha dedicado á narrar el asesinato de lord Mayo, virey inglés en las Indias,—de cuyo hecho ha dado solamente la prensa española algunas ligeras noticias.

«Este triste suceso—dice—ha ocurrido el jueves último (dia 8), y hasta hoy no se ha sabido en el ministerio de las Indias.»

Hé aquí cómo lo anuncia Mr. Ellis, miembro del Consejo de la India:

«Isla de Sanjor, 12 de Febrero.—Os comunico, lleno de dolor, que el virey ha sido asesinado por un presidiario (1), en Port-Blair, á las siete de la tarde del 8. Hallábase inspeccionando las diferentes estaciones de aquel «punto, y habia ya llegado al de salida para volver á bordo del navío *Glascow*, cuando uno de los condenados, «aprovechándose de la oscuridad que reinaba, lanzóse «contra lord Mayo, á través de la guardia que rodeaba á «éste, y le asestó dos puñaladas en la espalda. El virey «espiró poco despues, y el asesino fué preso en el acto. «Su nombre es Sher-Ali, y fué condenado, á causa de «otro asesinato, por la comision de Peshawur, en 1867. «Hallábase en Port-Blair desde Mayo de 1869.»

Lord Mayo (Naas) habia nacido en Dublin en 1822: estaba casado con Blanca Julis, hija del primer baron de Leconfield, y sucedió á su padre, como individuo de la alta Cámara, en 1867.

Fué nombrado virey de la India en la época del gabinete Disraeli, y era el gobernador más popular conocido en la historia de aquellas remotas posesiones inglesas.

Su muerte prematura—exclama en conclusion el citado periódico—arrancará una explosion universal de simpatía y de dolor profundo.

El mismo dia 12, el duque de Argyll en la cámara de los Lores, y Mr. Gladstone en la de los Comunes, anunciaron el asesinato del noble lord, asegurando que el país habia perdido un funcionario de abnegacion heróica y del valor más grande.

«Su conducta en el gobierno de la India—dijo el duque de Argyll—justificó bien pronto la eleccion, porque ningun virey ha dado pruebas de poseer en más alto grado el respeto al cumplimiento de los deberes, y ninguno tampoco ha tenido un corazon tan lleno de bondad para los pobres indios. El ha caido en el cumplimiento de aquellos, y yo estoy seguro de que su desgracia será deplorada, no solamente en Inglaterra, sino en los países que el honorable lord gobernaba con prudencia tan ejemplar.»

Es una escogida oracion fúnebre, en labios del severo duque de Argyll, muy parco en prodigar elogios, siquiera sean póstumos.

* * *

En Berlin ha ocurrido un suceso importante.

A pesar de haber defendido, en la Cámara de diputados, el príncipe de Bismarck un proyecto de ley que retira al clero la inspeccion de las escuelas de instruccion primaria, la Cámara lo ha adoptado por la insignificante mayoría de 197 votos contra 171.

Estos últimos eran del partido católico, apoyado por los conservadores protestantes.

En la discusion se ha señalado Mr. de Mallinckrott, católico, á quien contestó con vehemencia el gran canciller del imperio: dijo aquél con elocuente palabra, que Mr. de Bismarck abandonaba á los conservadores para acercarse más al partido radical, y que parecia querer imitar ahora al conde de Cavour, y áun más todavía la dictadura *fastuosa* de Napoleon, puesto que la ley que era objeto de la discusion concedia al gobierno un poder discrecional; pero replicóle el príncipe de Bismarck, entre otras cosas:

«El clero es en todas partes nacional: es polaco en Polonia, es italiano en Italia; no así en Alemania, donde el clero tiene un carácter verdaderamente internacional... allí (añadió) donde fueren atacados los fundamentos del Estado, allí estaré yo, siempre en la brecha, para defenderlos.»

Fué adoptado, en fin, el proyecto, cuyo artículo primero dice así:

«La vigilancia sobre todos los establecimientos de instruccion, públicos ó de particulares, pertenece exclusivamente al Estado.»

Mas las declaraciones del gran canciller, y la escasa mayoría que decidió la votacion, son dos hechos importantes que revelan descontento y desconfianza.

* * *

El ministerio austriaco ha sufrido una modificacion: no ha dejado satisfechos á los centralistas—la mayoría de la Cámara.

En Austria, como en España, se apela, en circunstancias excepcionales, al recurso supremo de intentar la *fusion*—valga la palabra—entre las diversas personas, no partidos, que se disputan el poder.

Mr. Silinio de Pretris, descendiente de una antiquísima familia del Tyrol meridional, director que ha sido del ministerio de Comercio y gobernador de Trieste, por el conde de Hohenwart, es la persona á quien el emperador ha llamado para entregarle la cartera de Hacienda.

Los centralistas, que tenian su candidato, ponen el grito en el cielo al conocer la eleccion de Francisco José, y su cólera dan muestra evidente los periódicos del partido.

Y es que los centralistas alemanes, como tantos otros, consideran la política como un terreno fértil en grandes destinos de pingües sueldos, pensiones, condecoraciones, etc., etc.

En esto, se parecen tambien á los hombres políticos de España.

Algunos, los más exaltados, hablan de rechazar el supuesto del ministerio de Hacienda; otros proponen voto de censura al gabinete, y dos ó tres de los periódicos aprovechándose de la presencia de Mr. Glaser, ministro de la Justicia, en el club constitucional, interpelaron vivamente con motivo de aquel nombramiento, no esperado.

Ahora, la Cámara de diputados ha nombrado una comision parlamentaria de treinta miembros, para examinarla el exámen de las dos grandes cuestiones constitucionales que allí se agitan: la reforma electoral y la espinosa cuestion de la Dieta de Gallitzia.

Debemos tambien mencionar la cuestion croata, cuya dificultad que el conde Andrassy ha dejado, al salir del ministerio húngaro, á su sucesor, el conde de Lonyay.

La Dieta de Agram, donde habia 55 diputados de oposicion contra 14 del gobierno, ha sido disuelta á los dias de la apertura, y se hace un nuevo llamamiento á los electores; pero el partido croata no transige, y se cree ahora, que acaba de llegar á Agram, procedente de Roma, uno de los jefes más importantes, el famoso obispo Strossmayer.

Es posible, en fin, que el compromiso de 1868 entre Hungría y la Croacia sea consolidado bajo los auspicios de una nueva Dieta: pero tambien lo es que los electores vien á Agram una mayoría nacional, implacable é irreconciliable, y *entónces las dificultades serán más numerosas* y más grave el conflicto.

* * *

En Francia los sucesos se precipitan, la incógnita se despeja, la solucion se aproxima.

Tres individuos de la derecha de la Cámara, MM. Chanonl, Baragnon y De Meaux, ocupáronse de formular un programa que fuese aceptable para todos los que, reconociendo la república, adoptasen el principio monárquico, aunque desde los primeros momentos se les presentaron dificultades de bulto, en una postrera conferencia, celebrada en el hôtel *des Reservoirs*, en la habitacion del duque de La Rochefoncauld de Bisaccia, y despues de dura deliberacion, redactaron la fórmula siguiente:

«Los que abajo suscriben, llenos de respeto hácia la soberanía nacional, confian únicamente en el voto de la nacion, unida á sus *representantes*.»

Esta frase pareció medianamente significativa, pues en efecto, sin gran esfuerzo de imaginacion deducen de ella todo lo que puede apetecerse: union recíproca de Francia y de sus elegidos, mantenimiento de la república, restauracion de la monarquía...

¡Todo cabe dentro de semejante fórmula!

«Desde Moliere—dice con gracejo un diario parisiense—no se habian significado tantas cosas con veinte labras.»

Sin embargo, considerando que este programa es en realidad una respuesta á la circular-manifiesto del conde de Chambord, y que ha sido redactado para ser remitido á Amberes (donde ahora reside el nieto de Cárlos X), todas las palabras, hasta las más insignificantes, tienen un valor especial.

Es como decir: todo lo esperamos de la voluntad nacional, del voto del país, de sus representantes; de ninguna manera del derecho de legitimidad, ni de la bandera blanca que lo simboliza.

Sesenta y cinco diputados firmaron desde luego el programa, pero ni uno solo pertenecia á la extrema derecha: la escision parecia completa, porque no era de adivinar que, *aceptado el principio monárquico y proclamado* el conde de Chambord, se pensaba únicamente en un príncipe de Orleans.

(1) Inglaterra posee un establecimiento penitenciario en Port-Blair (Islas de Andaman).

Pero es así, porque los últimos despachos anuncian que la extrema derecha ha firmado tambien, el dia 18, y despues de haber obtenido el consentimiento tácito del conde de Chambord, la precitada fórmula, y los legitimistas de los dos matices parlamentarios esperan constituir una gran mayoría de 400 votos, contando con la adhesion indudable de los orleanistas.

Esto, como se ve, es bien significativo, y desde luego se observa que esa mayoría compacta y numerosa, si llegase á constituirse, seria el árbitro supremo en la crisis primera que apareciese.

Se preguntará:

Si el conde de Chambord ha dado su consentimiento á los legitimistas de la extrema derecha, ¿acepta él tambien el programa de los monárquicos? ¿Renuncia quizás á la bandera blanca, á la bandera inmaculada—como ha dicho en otra ocasion—de Enrique IV y Luis XIV?

¿O tal vez es aquel consentimiento el primer paso de una abdicacion?

Hé ahí lo que no sabemos.

Lo que muy pronto acaso sabremos, en virtud del nuevo manifiesto que, segun se dice, prepara el nieto de Cárlos X.

* * *

Antes de pasar á ocuparnos de los sucesos ocurridos en nuestra patria, acusaremos el recibo del *Catálogo de premios adjudicados* en la Exposicion nacional que acaba de realizarse en Córdoba (Buenos-Aires)—y de la cual ya tienen noticias nuestros lectores.

Muchos han sido los expositores dignos de premios.

Desde los cuadros de Manzoni, Perez y Bonco, y las acuarelas de Agujari y Videla de Salas, hasta los arados y máquinas segadoras de Norte-América: desde los celebrados cueros curtidos y pulimentados de Salta, de San Luis y de Catamarca, y muestras de preciosos mármoles de Misiones y ricas maderas de Valleférti, hasta las hermosas vacas de raza pura de Durham, y los carneros de Rambouillet y Leycester, y las cabras de Angora—innumerables y variados fueron los objetos presentados al certámen.

La provincia de Córdoba, en la próspera república de Buenos-Aires, ha sabido conquistarse un puesto de honor en el catálogo de los pueblos cultos.

* * *

¡Otra crisis!

Tan acostumbrados estamos ya á dar cuenta de las crisis ministeriales que ocurren de continuo en España, que ciertamente la noticia de una nueva crisis no debe admirarnos.

Viene el esperado general Gaminde, ministro de la Guerra; tómase en Consejo de ministros algun acuerdo para conferir el empleo de generales á varios brigadieres de méritos dudosos; publícanse los decretos en la *Gaceta*, y...

¡Crisis ministerial!

El señor Topete, ministro de Ultramar, arruga el ceño: no transige con aquellos decretos reales, pero inverosímiles, y anuncia á sus compañeros de gabinete que está dispuesto á retirarse ó á exigir la retirada del señor Gaminde.

—¿Cómo?—debió de contestar éste.—¿No fueron acordados esos decretos inverosímiles en Consejo de ministros?—Pues yo no me retiro, mientras no haga dimision todo el ministerio, desde el señor Sagasta hasta el señor Angulo.

Esto es lógico, si sucedió tal como se cuenta.

Y que sucedió así, lo prueba la dimision total del gabinete Sagasta.

Luégo queria el señor Sagasta, á juzgar por las noticias de la prensa, crear un tercer partido que estuviese colocado en el centro de la balanza—permítase la frase—no inclinándose al conservador, ni tampoco al radical; pero el rey Amadeo consignó en un papel—palabra de varios periódicos—que únicamente admitia dos partidos, el conservador y el radical, en el consabido turno constitucional.

Lo que decia el papel, fué leido por el rey al señor Sagasta, en la conferencia celebrada el último sábado, y murieron en flor las esperanzas que alimentaba el ministro de la Gobernacion, de crear el tercer partido.

Un poco difícil era eso de *fusionar*—como ahora se dice—y en un plazo de veinticuatro horas, todas las voluntades de los hombres que debian formar dos partidos políticos diferentes; pero el señor Sagasta aceptó, quizás con mejor deseo que fortuna, el encargo que el rey le confiera de formar así el ministerio.

No hay para qué decir que fueron consultados por el rey varios hombres políticos, radicales y conservadores, que dieron á S. M., natural es suponerlo, consejos enteramente opuestos: aquellos creian que el partido conservador, y áun el *non nato* tercer partido, estaba de más, por ahora, en la gestion de la cosa pública; éstos, por el contrario, suponian que debia encargarse del poder el jefe del conservador, ó cuando ménos el señor Sagasta—quien haria patrióticos esfuerzos para formar el deseado ministerio *fusionista*.

Resultado: un nuevo plazo, que concluyó ayer á las dos de la tarde.

A tal hora comenzaron á volar *extraordinarios*, anunciando la constitucion del nuevo ministerio: los señores Sagasta, Malcampo, Alonso Colmenares y De Blas, continuarán por ahora en los mismos puestos que ocupaban; el general Rey ha sido nombrado ministro de la Guerra; Romero y Robledo, de Fomento; Camacho, de Hacienda; y Martin Herrera, de Ultramar.

Explícase la entrada de este último en el ministerio de Ultramar, afirmando que viene á ser como un lazo de union entre los amigos del señor Sagasta y del señor Topete, iniciador de la crisis, puesto que de este modo queda más acentuada la fusion, y aparecen reunidos todos bajo la enseña del partido conservador-liberal dinástico.

Aún se da como probable el nombramiento del señor Candau para Gobernacion, en cuyo caso el señor Sagasta será presidente sin cartera.

Ya tenemos, gracias á Dios, ministerio, y hacemos votos porque sea *viable* siquiera hasta el 24 del próximo Abril, dia designado para la apertura de las nuevas Córtes.

No es mucho pedir.

* * *

Llegaron por fin á esta corte los emperadores del Brasil—y ya conocen los suscritores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA el retrato y algunos apuntes biográficos del ilustre don Pedro Alcántara de Braganza.

No vamos á dar sucinta noticia de las visitas hechas por SS. MM. brasileñas en los pocos dias que han permanecido en la corte de las Españas: la prensa noticiera ha seguido paso á paso á los ilustres viajeros, y repetiríamos lo que ya conocen seguramente nuestros apreciables suscritores.

Pero sí debemos decir que en la misma noche de la llegada, el emperador, uno de los monarcas más esclarecidos por sus elevadas prendas y por los vastos conocimientos que posee, asistió á una sesion que en su obsequio celebraba la Real Academia Española.

Nombrábale esta corporacion socio corresponsal, y el emperador dió las gracias á los señores académicos por el honor que le dispensaban admitiéndole en su seno, pronunciando un elocuente discurso en castizo y correcto castellano.

Contestóle el director de la Academia, nuestro distinguido colaborador el señor marqués de Molins, en otro discurso erudito y bello, probando cuán merecido tenia el nuevo académico correspondiente el título honorífico que se le habia otorgado.

Es seguro que la Academia Española y el emperador del Brasil conservarán un recuerdo agradable de aquella sesion.

Ya han marchado SS. MM. á visitar algunas poblaciones del Mediodía de España: Córdoba, la antigua corte de los califas: Sevilla, la hermosa perla del Guadalquivir: Granada, la opulenta capital de Alhamar el Magnífico.

* * *

Corto es ya el espacio de que disponemos, y breves serán las frases consagradas al Carnaval, á los bailes y á los saraos.

Pasó el Carnaval, esos dias de bullicio y locura, durante los cuales medio mundo se cubre con la careta del ridículo, como si quisiera ocultar al otro medio sus dolores y miserias: pero tanto ha llovido en Madrid, que las máscaras se olvidaron del Prado de San Jerónimo y de la pradera del Canal.

Sin embargo, los suscritores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA habrán evocado sus recuerdos más gratos de otros años, al examinar atentamente la ingeniosa alegoría (composicion del hábil y reputado artista señor Miranda) publicada en nuestro último número, y de la cual hemos oido con placer no pocos elogios en varios círculos artísticos de la corte.

¿Qué hemos de decir de los bailes de máscaras celebrados en casi todos los teatros? ¿Qué del baile de niños en la embajada inglesa?

Ni áun podemos ocuparnos del aristocrático *minué* bailado en los salones de la señora condesa del Montijo y del duque de Bailén, ni de la animada y graciosa *mazourka* que se ejecutó en los de los condes de Superunda.

Pedimos perdon á nuestras amables suscritoras, y prometemos enmienda.

E. MARTINEZ DE VELASCO.

21 de Febrero de 1872.

RECUERDOS DE LA EMIGRACION.

LOS PRIMEROS DIAS DEL AÑO 1867 EN PARIS.

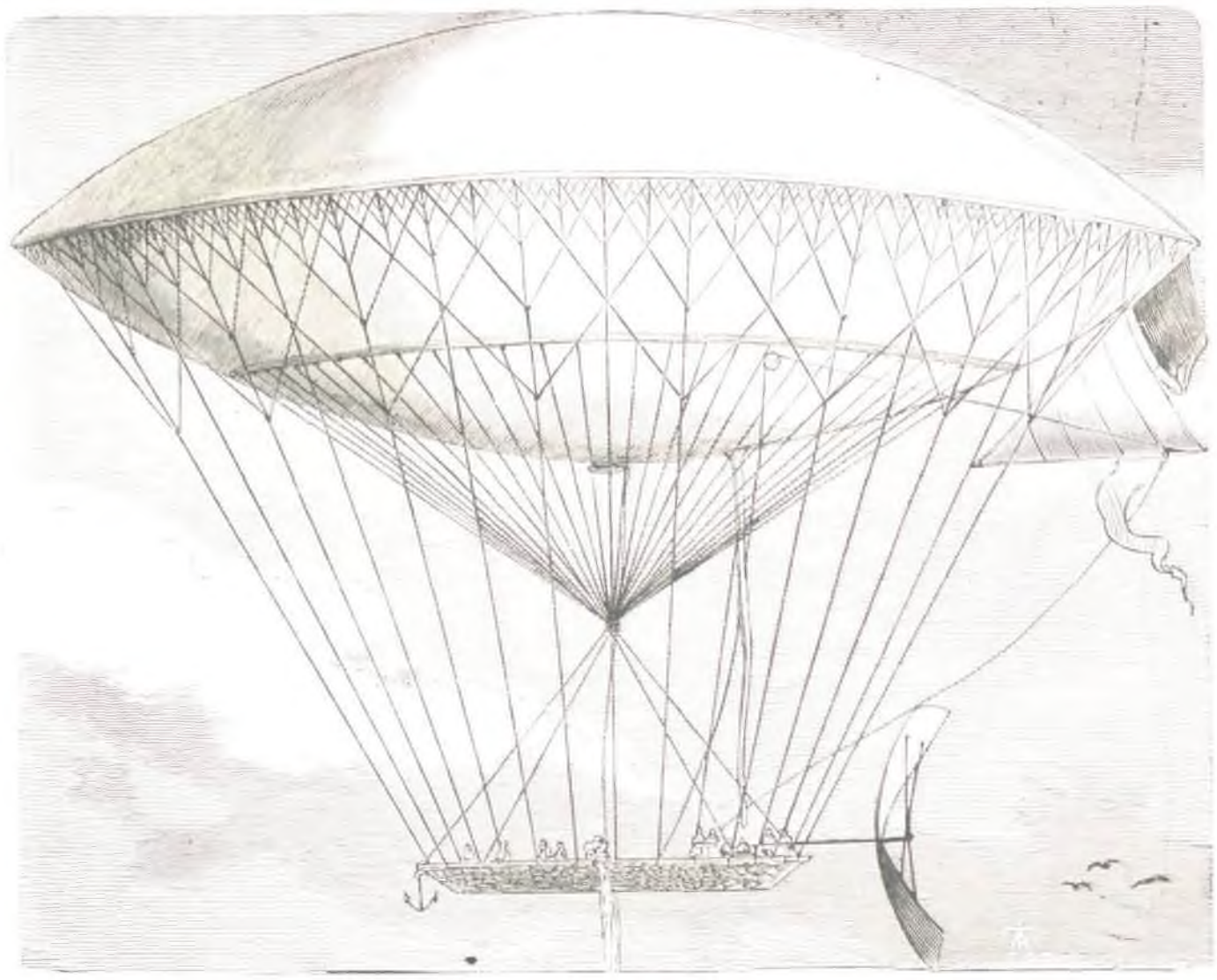
I.

Sin duda, cuando estas memorias vean la luz pública, extrañarán mis lectores que empiece siempre hablándoles de la estacion, del tiempo, de las nubes que cubren los horizontes, y del barro que cubre las calles; pero, á decir verdad, no lo hago á humo de pajas. Entre la naturaleza y el arte; entre el espíritu y la tierra en cuya atmósfera vivimos, hay parentesco estrecho, relacion de armonía. El mundo interior se tiñe de los colores del mundo exterior, como la mariposa tiñe sus alas de gasa en el cáliz de las flores sobre que se mece. Los poemas indicos son grandiosos como el Chimborazo, profundos como el Gánges, colosales como toda aquella naturaleza, que al lado de torrentes de vida guarda abismos de muerte. Pero en ellos el elefante ó el mono á veces valen más que el hombre, no muy diestro habitante de las selvas. La gracia de los valles; el corte casi escultórico de las montañas; la armonía de las costas, donde se estrellan las celestes olas del Egeo; las caprichosas islas, cubiertas en su base de conchas y corales, coronadas en sus cimas de mirtos y de pámpanos, medio ocultas y medio ufanas: toda esta belleza de Grecia se retrata, como en claro espejo, en el alma de sus poetas. Y siempre, cuando leemos una composicion vaga, triste, llena de espiritualismo místico, de ensueños ideales, comprendemos que aquella composicion ha nacido en Alemania, donde la niebla cubre los bosques y el sol está ausente, y el alma, no pudiendo abrir sus alas para lanzarse en el Universo, se refugia en sí misma, vive en sí, y puebla las nubes con las centellas y con los astros escapados de la mente. El cántico árabe es como el sonido del viento en el desierto. El hijo de las Antillas, cuando en extrañas regiones lee los rotundos versos de Plácido y de Heredia, ¿no imagina soñar con sus islas y sentir el zumbido de los millares de insectos que hay en sus valles, y el coro de sinsontes que flota como una corona de armonías entre el verde oscuro de las palmas y el azul claro de los cielos? Pues bien: para comprender lo que podemos llamar el humor de París, precisa comprender tambien su naturaleza, hasta sus variaciones atmosféricas. En los primeros dias del año París se ha despertado cubierto de nieve. Sus edificios parecian de cristal. Los árboles de sus parques semejaban almendros heridos. Sobre la nieve se ha extendido más tarde el hielo. Para andar precisaba materialmente patinar. Ahora me explico por qué Dios ha dado una base tan sólida, es decir, unos pies tan grandes, á las mujeres del Norte. Necesitan arrastrarlos, mientras las mujeres del Mediodía tienen esos tan breves pies, que pisan las flores sin doblarlas; porque las mujeres del Mediodía no andan, vuelan. No quiero decir nada de los prodigios que hacian los parisienses al salir de la Opera sobre aquel suelo resbaladizo, para evitar el herirse en sus cristales, ó desnucarse de un batacazo. Los coches no podian andar. Ha habido desgracias horribles. Una pobre niña de veinte años se ha roto la espina dorsal contra el borde de la acera, y ha muerto súbitamente. Y siendo en estos dias tan resbaladizo el París material, es en todo tiempo, en toda estacion, mucho más resbaladizo el París moral, la nueva Babilonia.

II.

Durante los primeros dias del año cambian los parisienses á millares las tarjetas. Como las virtudes de París no son muchas, me parece que no conviene disputarle aquella que es culminante, la buena educacion. En la velada de Reyes se sientan á la mesa á comer pasteles los parisienses, que áun conservan algunas tradiciones de familia. Hay un pastel que tiene un haba. Todos la buscan afanosos. El que la encuentra es el rey afortunado del año. Sólo que en vez de obtener una lista civil de ingresos, obtiene una lista civil de gastos: convida á todos sus compañeros; pero obtiene al mismo tiempo una cosa que no suelen dar todas las listas civiles del mundo: la ilusion de que va á ser feliz en año de tan buenos augurios. La felicidad, que andamos buscando en los viajes, en los placeres, en las ambiciones, en el ruido de la gloria, lejos de nosotros, se encuentra cerca, muy cerca, en nosotros mismos. Así una ilusion tiene tanta miel que endulza toda una vida de hieles. Solamente que el hombre no suele aprender que la felicidad está dentro de sí mismo, sino cuando ya no necesita tal ciencia, en la hora de su muerte. Yo no conozco nada más engañoso que ese amor de la propia conservacion tan decantado por los fisiólogos. Le veo más desarrollado en la tortuga que en el hombre. ¿Cómo ama su propia conservacion este sér que desea, y desea siempre? Y cada deseo se pone en mañana. Y detrás de mañana está la muerte. Y mientras el instinto orgánico huye de la muerte, el instinto espiritual la llama desenfrenadamente, la busca con el deseo. Tal vez sea esto porque á despecho de la muerte universal donde vivimos, á despecho de este trabajo de desorganizacion, de esta ruina de mundos que todos los dias se verifica en el seno del Universo, de ese polvo destructor que hay diseminado por los espacios, donde se gastan en los minutos que se llaman siglos hasta los planetas, el único sér que tiene conciencia de su inmortalidad, es el único sér que llama la muerte con el deseo, porque está seguro de no encontrarla en el alma. Pero comprendo que mis ideas van tomando un tinte lúgubre, y no quisiera entristecer á mis lectores, ni sobre todo, á mis lectoras. Ya he dicho que en una legumbre se puede encontrar la felicidad, para la cual hay muchos que creen necesitar una montaña de oro. ¡El haba! ¿Por qué tendrá el haba esta celebridad? Habeis de saber que los alimentos influyen mucho en el desar-

rollo de las facultades intelectuales. Desde la invencion de la patata se ha notado decadencia artística en los pueblos meridionales. Los alimentos, para ser verdaderamente intelectuales, han de tener mucho fósforo. Los guisantes y las habas son esencialmente fosfóricos. Pitágoras, por ejemplo, no sabia tanta química como sé yo, que sé bien poca. Y sin embargo, Pitágoras mandaba á sus discípulos, para prepararse á las iniciaciones de los grandes misterios, para anotar la música de las esferas, que comieran habas, muchas habas. Era esta legumbre casi un genio tutelar de la escuela pitagórica. Y no paraba en esto su fama. Numa las destinó para votar en los tribunales, y para elegir á los magistrados. En París se usan todavía para elegir á los reyes de la fortuna en el dia de la venida de los reyes magos. Ved cuán pertinaces son todas las tradiciones y cuán seculares todas las monarquías.



PARIS.—El globo de M. Dupuy de Lôme (pág. 122).

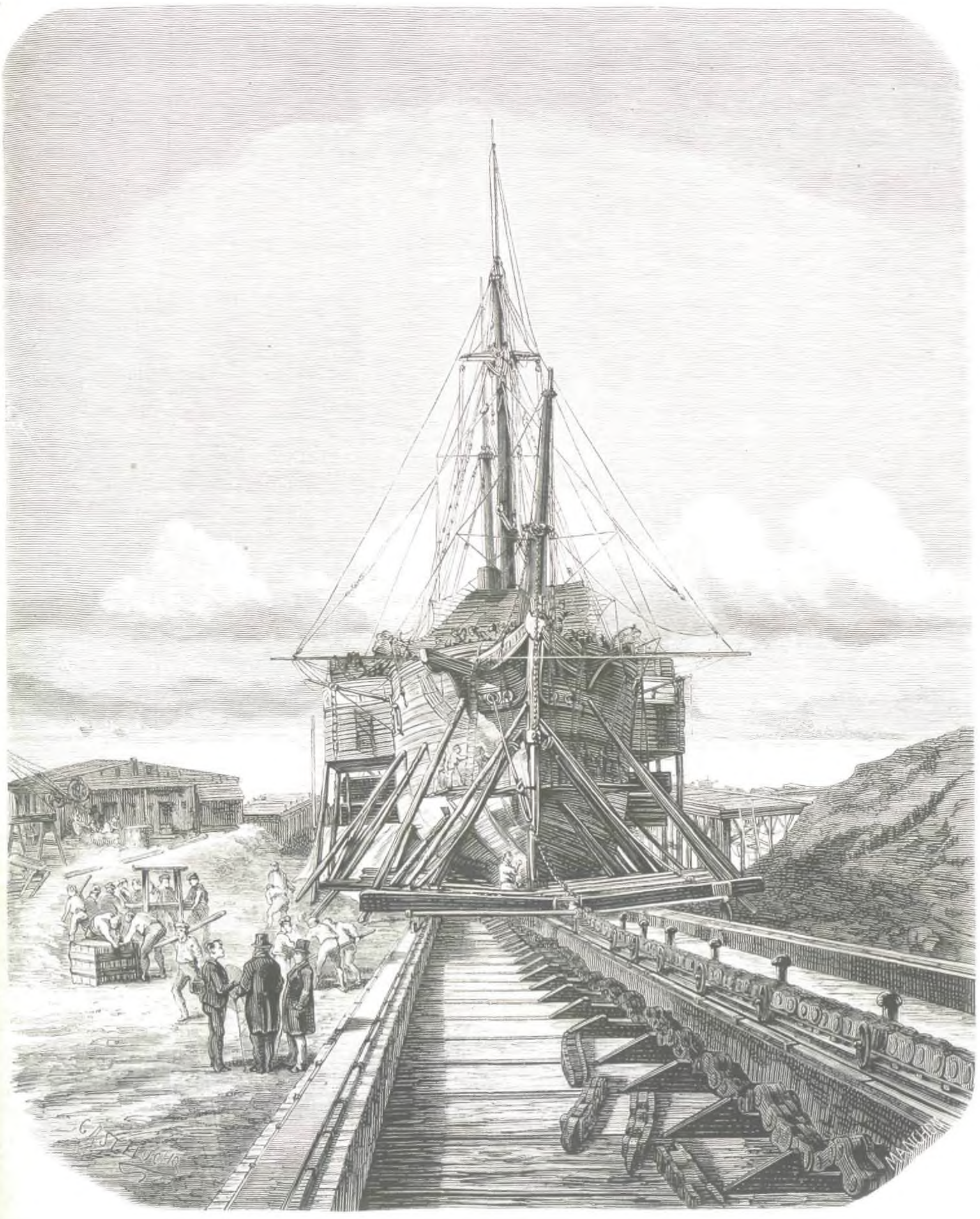
III.

Estoy bien seguro de que hoy la preocupacion de todas las naciones, el pensamiento de todos aquellos que gustan ó desean viajar, ver tierras, recorrer el mundo, es París, la capital de Europa, sus calles, sus plazas, sus monumentos, su aspecto.

¿Quién dejará de ver esta ciudad, que en los primeros dias de la primavera encerrará representantes de todas las naciones, ejemplares de todas las razas? Aquí tendremos juntos ingleses, yankees, alemanes; cosacos del Don vestidos de pieles; árabes del desierto envueltos en su alquicel blanco como las nubes, por las cuales suspiran en los dias de horrible calor; japoneses y chinos, representantes del principio de los tiempos y de los primeros dias de la historia; y hasta indios del interior de América, de esa tierra de lo porvenir. Junto á un [illegible] del suizo que recordar[illegible] nidos de las águilas [illegible] tres, una barraca lap[illegible] que habrán olido al[illegible] veces en las eternas [illegible] alumbradas por las a[illegible] ras boreales, sobre aq[illegible] mares de hielo cris[illegible] los hocicos un poco [illegible] bles de los osos bl[illegible] Hoy mismo ya se ve [illegible] triángulo gótico que re[illegible] da la Trinidad católica [illegible] vantando sus calados [illegible] nos, sobre los cuales p[illegible] como que vuela un ángel [illegible] bronce al lado de un [illegible] ficio medio bizantino y [illegible] dio árabe, que tiene [illegible] niscencias de Santa S[illegible] del Serrallo, donde [illegible] men los moribundos [illegible] res del Bósforo de Tr[illegible] ¿Quién no querrá ver [illegible] resúmen, este epilo[illegible] toda la tierra? Desde [illegible] murió Roma, donde [illegible] recibir carta de ciuda[illegible] el nómida y el cimbri[illegible] se habrá visto ciuda[illegible] como esta. Aquí no se [illegible] lebrará la fraternidad [illegible] la conquista, porque [illegible] las victorias grabadas [illegible] Arco de la Estrella fo[illegible] *como cerduras de las* [illegible] pero se celebra la frate[illegible] dad creada por el tri[illegible]

Y naturalmente, París se presentará á los hom[illegible] que vengan á verlo con toda la coquetería in[illegible] nable. Y á fin de que le conozcan presentará [illegible] libro, por los primeros tipógrafos impreso, por [illegible] primeros dibujantes ilustrado, por los primeros [illegible] critores redactado. Víctor Hugo, la personifica[illegible] de su siglo, el representante de la revolucion [illegible]

VALLADOLID.—¿QUIEN ES ELLA?—Colision en el Campo Grande entre los estudiantes y los cadetes (pág. 123).



El varadero de Barcelona (pág. 119).

raria, el genio de las grandes hipérboles, ese conquistador del espíritu, abrirá de par en par las puertas de Paris, de este Paris que no ha visto y que no conoce, renovado despues de su destierro; pero las abrirá con la llave mágica de su estilo forjada en la fragua de su incandescente espíritu. Despues del prólogo de Victor Hugo describirán las particularidades de Paris otros grandes escritores. Mme. Jorge Sand con su dulce estilo, que tiene toda la música y toda la melancolía de los campos, describirá el Bosque de Boulogne, sus alamedas melancólicas, sus colinas coronadas por grandes pinos parasoles, sus sonantes cascadas, sus juguetonas rias, sus tranquilos lagos, las avenidas pobladas de elegantes coches, las calles donde lucen su gallarda figura los jinetes y las amazonas, las tabernas de pintadas maderas, asilo de los elegantes, que reparan sus fuerzas con el Málaga y el Jerez; el jardin en que se aclimatan las plantas de todos los climas, y los bosquecillos en que juegan como bandadas de pajaritos ó de mariposas las niñas; en fin, este campo artificial que ha extendido Paris en busca de oxígeno y alegría. Michelet, el escritor de las paradojas brillantes, el que describe desde los pliegues del alma de Maquiavelo hasta las plumas de las alas de la alondra, hablará del Instituto. Teóphilo Gautier, el pintor de gran relieve, el poeta ayer de la república y hoy de la corte, describirá naturalmente un edificio cortesano; el monumento que comenzó Francisco I; que los Valois, sus descendientes, ornaron con todos los primores del Renacimiento y con las iniciales de sus mancebas; que Cárlos IX manchó de sangre al disparar desde aquella ventana, sellada por la maldicion de Mirabeau, contra sus mismos vasallos al siniestro son de la campana de St. Germain-Auxerrois en la noche de San Bartolomé; que Luis XIV engrandeció con su magnífica columnata, una de las maravillas arquitecturales del mundo; y que Napoleon ha unido á las Tullerías por una doble fila de cuadras y cuarteles y oficinas, con lo cual ha

venido á hacer, si no el más hermoso, porque hay secciones monstruosas y hasta feas, el más grande entre todos los edificios que han habitado los reyes. ¿Quién podrá mostrar mejor este Paris con sus teatros brillantísimos, sus plazas inmensas, sus calles interminables, sus muchedumbres infinitas, su confusion, su ruido continuo, que parece una grande tempestad? Así es que todo parisien sólo piensa en el Paris de la Exposicion. Para la Exposicion arreglan sus cuartos los hoteles, que doblarán de precio; para la Exposicion ensayan misas de grandes maestros las iglesias, misas que no se podrán oir sino pagando cuarenta francos, dos luisas de oro, á la entrada; para la Exposicion guardan su mejor repertorio los teatros, que se subirán á las nubes; para la Exposicion gritan más desaforadamente en su inmenso gallinero de la rue Vivienne los bolsistas, que verán tambien, no ya subir, sino volar sus fondos; hasta para la Exposicion ha pronunciado el primer dia del año un discurso pacífico el emperador Napoleon, que piensa ganarle las elecciones á Paris, satisfecho y harto. Pero ¡ay! que se interponen algunas nubecillas en este horizonte. No es mi intento hablar de política; pero los exposicionistas tiemblan porque Prusia se fortifica, y Alemania se arma, y la isla de Candía se sostiene de pié contra los turcos, como un mártir que confesara su fé sobre carbones ardientes; y el príncipe de Rumania mira con anhelo el momento propicio para borrar, aunque sea con sangre, el sello de la cimitarra y de la media luna, que los turcos han grabado en las espaldas de los descendientes de la colonia trajana; y la oceánica Inglaterra aspira á levantar un almacen de algodones sobre la cúspide de la pirámide de Ceops, donde duermen tantos misterios del arte y de la poesía; y Rusia, coronada de diamantinos hielos y de auroras boreales, rojas como gigantescos rubíes, mira al través de las cien cúpulas doradas de Moscou, la cuna de su religion y de su culto, la cúpula de Santa Sofía; y mil ejércitos ruedan en torno del Bósforo para recoger la futura capital del mundo, la hermosa Constantinopla, y luchar por ella como luchaban los caballeros de la Edad Media por el anillo de una dama; y sobre sus ruinas sagradas, sobre sus estátuas, que llevan todavía la miel de la inspiracion en los labios, sobre sus bajos relieves, modelos eternos del arte, se incorpora Grecia, y pretende que el engaño de su raquítica independencia se concluya, y que suene para ella la hora de levantar una nacion verdadera al borde del Pireo, donde ha escrito Platon y ha hablado Demóstenes; á la sombra del Pindo y del Parnaso, donde ha cantado Pindaro; en los valles de Colonna, que han oido mezclados los coros de los ruiseñores de sus mirtos con los coros de las tragedias de Sófocles; en las islas que fueron las cunas de juncos donde nacieran al arrullo de las olas y al beso de las espumas los dioses que todavía reinan inmortales sobre los dominios del arte; en aquellas montañas de la Thesalia, de donde bajaron los pastores que enseñaran al mundo los idilios; en aquellos desfiladeros del Epiro, de donde bajaban los fuertes montañeses; en aquellos campos del honor que vieron la muerte de Byron, del poeta de la duda espirando por la fé, en toda esa divina Grecia, aun mutilada, que ha cincelado con su artístico buril el eterno ideal de la belleza en la conciencia humana. Pero toda esta epopeya del porvenir no se puede realizar sin una guerra. Y una guerra en esta primavera seria para la Exposicion como un puntapié dado en el tablero de una partida de ajedrez.

IV.

Sin duda por esto un escritor, Mr. Assolant, ha recorrido todas las librerías de Paris, todas sus imprentas, y no ha encontrado un impresor que se arriesgue á publicarle un folleto, cuyo objeto es lamentarse del estado á que ha venido Francia despues de los últimos acontecimientos europeos. Porque habeis de saber que esta Francia, tan orgullosa de su civilizacion, es el nido de las vejeces y de las polillas económicas. Todavía subsiste aquí la prision por deudas, la tasa del interés, y otras monstruosidades económicas. La emancipacion de las panaderías ha sido un asunto poco más ó ménos tan grave como la guerra de Crimea ó la guerra de Italia. No se ha llegado sino despues de muchas batallas á la libertad de teatros. Pero ¡qué mezquina libertad! Hay cómicos particulares del emperador, que tienen una renta como los bufones de los reyes absolutos. Hay teatros subvencionados, que son como los templos de la religion del arte, mantenidos por el gobierno. En fin, se levanta un gran teatro de la Ópera, cerca del Grande Hotel, teatro que dicen será por dentro muy hermoso, pero que es por fuera muy feo, y que costará á todos los franceses para que Paris, la reina de sus ciudades, se divierta, ciento sesenta millones de reales. Y á todo esto hay que añadir un ejército de impresores reglamentados, privilegiados, y que si cometen el gravísimo delito de imprimir algo que desagrade al gobierno, pierden por una sentencia de los tribunales *imperiales* su privilegio. Así es que Mr. Assollant ha ido cargado con su folleto de Ceca en Meca, de Herodes á Pilatos, sin hallar un editor que se atreva á imprimirle sus jeremiadas. Es tan fácil perder el privilegio de imprimir por turbar la alegría que hoy debe reinar en el mundo oficial ganoso de madurar la cosecha de la Exposicion, preludio de la cosecha electoral, que una imprenta podria quedar cesante, si imprimiese cualquier elegía sobre las victorias del fusil aguja ó las imperfecciones del fusil Chassepot. Pero es lamentable que en el siglo de la actividad individual haya impresores privilegiados en Francia. Bien es verdad que hay por do quier profesores privilegiados, académicos privilegiados y ciudadanos condecorados. El francés que está condecorado pega el boton grana hasta en la horla de su gorro de dormir. Y el impresor que está privilegiado, guarda como un arca santa su imprenta, y se libra bien de imprimir folletos punibles. Pero esto de castigar en las letras de plomo los errores de las ideas, me recuerda la sentencia de un alcalde de monterilla de mi provincia, que metió en la cárcel, por ladron doméstico, á un cerdo que, entre varias cortezas de melon, se habia zampado una cucharilla de plata. Debemos creer buenamente, por las aventuras ó desventuras de Mr. Assollant, que el mundo entero podrá regocijarse, comer, beber, cantar, divertir los sentidos, saturar su inteligencia, observar sus progresos en la próxima Exposicion, y que la paz reinará en la tierra. Y puesto que estamos en un planeta tan hermoso, bajo un cielo tan claro, en una sociedad tan buena, con una Exposicion en perspectiva tan fecunda para los dueños de hoteles, vámonos á los teatros.

V.

Y fuerza es, para ir á los teatros, comenzar por el teatro Italiano. El mundo músico está conmovido por la proyectada clausura del teatro Italiano de San Petersburgo. Los dilettantis protestan, ellos que no suelen acordarse de la degollacion de Polonia, contra este golpe de Estado, que acaba de asestar el emperador de todas las Rusias al divino arte. Pero los fundamentos que el emperador ha tenido, son: primero, el precio altísimo que exigen por sus gargantas los cantores, tan expuestos á resfriarse á los veinte grados bajo cero; segundo, la medianía de todos los cantores, que cada dia van cantando ménos y peor; tercero, la repeticion continua de las mismas óperas, cien veces cantadas y cien veces vueltas á cantar; cuarto, la necesidad de proteger la música rusa; que tambien inspiran armonías dulcísimas las estepas cubiertas de nieve, por las cuales se pasean á su antojo los osos blancos, despidiendo no muy melodiosos aullidos. Y en efecto, cuando voy al teatro Italiano de Paris, me convenzo de que la música italiana se va perdiendo. ¿Qué se ha hecho de aquel Rubini, cuya voz mágica extasió tantas veces á nuestros padres? ¿Dónde está Mario, aquel Mario que parecia un gentil-hombre de un cuadro de Pablo Veronés ó de Ticiano, cantando con la voz de un ángel y sintiendo con el corazon de un poeta? Baste decir que Nicolini es hoy el primer tenor del teatro Italiano de Paris. No parece sino que Italia, que se ha conquistado los corazones del mundo con su música, que ha ganado más batallas con los organillos de los saboyanos que con los planes militares de Cialdini y de La Mármora, pierde la voz en el momento mismo en que ya no la necesita, para interesar al mundo con las elegías de Bellini en sus trágicas desgracias. Así van faltando cantores. La Alboni, que nos ha maravillado á todos con aquella voz de contralto, cuya dulzura sólo se puede comparar con su intensidad, ya no canta en el teatro. Su marido, el conde Pépoli, que la amaba mucho, se ha vuelto loco en medio de la más sosegada felicidad. Y sólo alguna vez pueden conseguir sus amigos lo que yo conseguí no hace muchas noches, casi por milagro: oir á la Alboni en alguna casa particular, cuando los ruegos y hasta las importunidades de todos la obligan á endulzar con su propia voz, el luto de una viudez anticipada por una enfermedad más triste que la muerte. La única cantante que hoy conserva en Paris un tanto su brillo, la tradicion del canto italiano, es Adelina Patti. Aquella muchachuela, de tez morena, de ojos negros, de cabellos de ébano, pequeña, nerviosa, móvil, agilísima; que corre sobre las tablas como si de nadie ni de nada se curase; que apenas acompaña su canto con su accion, se parece toda materialmente á un ruiseñor. Como el ruiseñor es morena, como el ruiseñor pequeña, como el ruiseñor nerviosa, como el ruiseñor ágil, como el ruiseñor divina. Cuando arroja á los aires su voz de un sobre singular, de una extension prodigiosa, de melancolía dulcísima; aquellas escalas cromáticas las cuales salen notas inverosímiles, que se abre despiden allá en el cielo, en los últimos punto donde la voz puede alcanzar, otras notas seme á esas luces de fuegos de bengala producidas po cohete al reventarse en los aires; cuando hace prodigios aquella niña, me parece un sér sobre rad, un genio desterrado del mundo de las el armonías, y hablando á la oriental, uno de los les que han escuchado sobre la cuna del univers primeras melodías producidas por los mundos al per el dia primero de la creacion, en el coro de cion de gracias inspirado por la alegría de su cuada vida. Ha cantado la *Sonámbula*; canta *Crispino e la Comare*; cantará muy pronto *Los ritanos*. Rossini algunas veces la lleva á su ca hace cantar horas seguidas, como si colgara la de un ruiseñor en su gabinete. Yo de mí sé que no me gusta oir á estas grandes cantantes teatro. Me gustaria oirlas poéticamente, á la luz luna, acompañadas á lo más de un arpa y del de los bosques, como una voz que saliera del se universo y expresara el eterno amor en que tod seres se abrasan.

VI.

Mientras la Patti canta en el teatro Italiano la figuas óperas, Verdi ensaya en el teatro de la Gr Ópera una nueva. No la conozco; pero puedo que conozco al autor, casi me lo sé de memori como conozco al autor, descontio mucho, much de su nueva ópera. No me gusta para la músic genio tan áspero como el de Verdi; no me gus ruidosa, su estruendosa orquesta, en la cual por tan gran parte los instrumentos de viento; gustan aquellos cánticos tan altos que han abier das las gargantas, obligadas á despedir las notas un cañon las balas, y que ha acabado con tod voces. Verdi quiere realizar el término medio e música alemana y la música italiana; y lo que en realidad, es reunir lo peor de los dos exte Sus armonías no son nunca tan sábias, tan ma les como las armonías de la música alemana melodías no son nunca tan sentidas, tan dulces limpidas como las melodías de la música ita Hasta en la eleccion de motivos para sus óperas sido muy música. El amor de *Hernani* es músic pasion del *Trovador* es música, el entusiasmo de *Lombardos* es músico; pero no puede ponerse en sica, no hay posibilidad de poner en música el de *Atila* y la ambicion de *Macbeth*.

La música no puede salir nunca de la regio sentimiento, y los dos sentimientos músicos por e lencia son el amor y la religion. Verdi ha es para su nueva ópera un argumento de nuestra ria y un drama del teatro aleman. El argume la vida de aquel príncipe Cárlos, hijo de Felip que era cojo y jorobado, y de malos instintos, sin embargo ha pasado á la poesía, al arte, al coronado de luz, capaz de todas las grandes pas mártir de la libertad, enamorado de su madrastr á su vez le adoraba, deseoso de engarzar en la de dos mundos sobre el sol que la alumbraba e mente, ese otro sol más luminoso y mas durade davia que se llama el pensamiento. La poesía, maga, ha cogido al niño contrahecho y lo ha com do en niño hermosísimo. El despotismo vivifica lo que quiere matar. El príncipe Cárlos se ha in talizado en la poesía, porque fué víctima de su p Y Aristóteles ha dicho que la poesía es más verd que la historia. Me ha contado un amigo que ah ensayan los bailes del *Don Cárlos*. Yo quisiera cómo se bailaba en los cláustros sombríos del rial. No lo concibo. Pero los franceses no co tampoco ópera sin baile. Verdi continúa ensay pues, su nueva produccion. Esperemos para Ahora se me ocurre una anécdota. Miraba un dia sini un cuaderno de música, sobre el cual habia bado el editor un sol con estos cuatro nombres centro: Rossini, Bellini, Donizetti, Verdi. Yo, gran maestro, sabia que el sol tenia manchas, hasta ahora no sabia que estas manchas fuesen

VIII.

Vamos á ver algunos otros teatros. En la Gai resucitado un antiguo melodrama, malo, p que pasa en Méjico por las pampas, entre los gigantescos, los nopales y los áloes, bajo aquel c tierra caliente que parece una plancha metálica fundida en alto horno. Los mayores personajes del ma son los que no dicen nada: un caballo, un una serpiente de cascabel, y un mudo. En los ant

tiempos el drama no tenia este papel de mudo. Ahora se lo han añadido, porque el mudo no es mudo, sino muda. Y la muda, que habla dos lenguas, el inglés y el español, no habla la lengua humana por excelencia, no habla el francés. Y en verdad, saber dos lenguas en Francia, aunque sean las lenguas de los dioses, y no saber el francés, equivale á no tener ninguna lengua, porque equivale á no ser entendido de nadie. El francés no sabe geografía, y además no sabe más lengua que su propia lengua. Cuando encuentra un extranjero que no le habla francés, se queda tan maravillado como si todos los hombres nacieran sabiendo ya esta lengua por inspiracion del Espíritu Santo. Así es que á la muda que tiene dos lenguas, la han dejado sin ninguna. Pero la muda es bonita: tiene una tez muy fina y unos ojos muy negros; luce talle esbelto y estatura gallarda; juega los brazos con grande arte, las piernas con gran soltura, los ojos con gran coquetería, y se enseña al público como nuestra madre Eva ántes de la maldita ocurrencia de la manzana se enseñaba á las criaturas inocentes en los bosques del Paraíso. Y así, desnuda, la atan á un caballo, y le hacen sufrir, desde las candilejas hasta las bambalinas, por una série de tablas que se llaman las rocas negras, el suplicio de Mazzeppa. El otro dia se resbaló el caballo por aquellos destiladeros de madera, y estuvo á punto de estrellar á la bellísima titiritera que ha heredado la gloria de Adriana Lecouvreur y de Raquel. Los emperadores han asistido á la representacion de esta maravilla anatómica. Jorge Sand ha dado á la heroína un abrazo entre bastidores. La noche que yo estuve, el público entusiasmado hizo salir á las tablas el caballo, que asomó su venerable cabeza al lado de los actores. Tambien los pueblos tienen sus caprichos como los tiranos. El pueblo de Paris se parece á Calígula. ¡Ah! Calígula hizo cónsul á un caballo; el pueblo de Paris lo ha hecho artista.

IX.

Se ha puesto en escena un drama que Leon Gozlam ha dejado póstumo; la *Duquesa de Montemayor*. En este drama se repite la misma situacion de la Maisson Neuve, que he contado en otras páginas. La situacion no es original ni de Sardou, ni de Gozlam: está en las memorias de un jefe de policía famoso en tiempo de la Restauracion, que se llamaba Vidocq. Una gran señora comete un gran adulterio. Su amante muere de una aneurisma en sus brazos y en su lecho. La señora corre á buscar al jefe de policía para que entierre á su amante y salve su honra. Este es todo el drama. Leon Gozlam presenta la espinosísima situacion de la siguiente manera. Una hermosa dama, casada con un viejo grande de España y embajador en Paris, se prenda de un jóven que la enamora, pero que no la manifiesta su pasion. El jóven amante ha tenido un desafío, y cuando ya se haya repuesto, va á ver á su amada. El marido está á la sazon ausente. Empieza el poema del amor por algunas miradas, sigue por ardientes palabras, y concluye por ardentísimo beso. Al recibir en sus lábios aquel fuego y en su corazon aquella felicidad, la herida, mal curada, se abre, y el jóven muere. El cadáver es la deshonra de la Duquesa. Quiere morir allí de vergüenza y de amor. Pero una hermana suya, la cual entra en tal conflicto, recuerda á la desgraciada señora de Montemayor que tiene una hija, y que sobre su frente puede caer la deshonra de la madre. A este recuerdo la Duquesa corre á casa de un agente de policía á pedir que le liberte de aquel cadáver. Lo ha cubierto cuidadosamente con su manto. Pero mientras va á la policía, el marido vuelve. Encuentra el cadáver, y manda que lo arrojen al Sena con un puñal clavado en el corazon para que no resucite. Sin embargo, deja el manto en el lugar en que se encontraba, como si áun ocultase el cadáver. Vuelve la Duquesa; corre, levanta el manto; el cuerpo de su amante ha desaparecido. Esta era una situacion para morirse. Pero ¡ah! que el teatro contemporáneo no sufre tales situaciones. Dormiria mal un *bourgeois* de Paris si viera morir á una mujer tan hermosa, y no volveria al teatro. El muerto resucita, y al marido lo matan, y la Duquesa está viuda, y el adulterio recibe el premio de la felicidad. ¡Pues no faltaba más sino que el público de Paris se interesara por un marido viejo, que ha depositado en una mujer su honra y el nombre de su familia! Es necesario que tal criminal muera. Es necesario que la adúltera pueda ver su lecho sin remordimientos en la conciencia. Este público que contempla impasible una mujer en el Circo de Napoleon, á cien piés del suelo, en una percha, saltando sobre la muerte, no puede ver desenlaces como el de Julietta y Romeo, aquel matrimonio tan puro, que se desposa en presencia de Dios y que celebra sus nupcias en el lecho de un sepulcro. La tragedia no es para el Paris de los *Boulevares*, esencialmente *vaudevillista* y cómico. La moral sufre mucho, el arte más, con tal desenlace; pero la digestion de los espectadores que van de la mesa al teatro, no sufre nada. Se habian visto las ambiciones políticas esclavas del estómago, *proun ventri*; pero las inspiraciones del arte, ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué espectáculo!

X.

Y sin embargo, en Paris hay muchas tragedias. Algunos extranjeros vienen á Paris, se pasean por los *boulevares*, ven innumerables coches, innumerables tiendas, é innumerables loretas, y luégo se van diciendo que Paris es la ciudad de la alegría, del placer, del hartazgo. Y sin embargo, hay muchas tragedias. Doscientos mil obreros se han ido huyendo de las contribuciones que pesan sobre su pedazo de pan. Una noche tropecé con un arpa. El instrumento produjo el sonido de un ataud. Me bajé, toqué un cuerpo frio. Era un pobre saboyanito de siete años, que muerto de hambre y de frio, habia ido á calentarse á la reja de la cocina de los *Freres Provençaux*, y á mantener un poco su desfallecido estómago con el olor de las viandas. No habia comido en dos dias más que una patata. Y dentro se oia un ruido de platos, y de copas, y carcajadas. Hay en Paris casas donde se duerme por un *sou*. El que quiere paja tiene que dar dos, y muchos se dedican á traperos porque no tienen donde dormir. Hace pocas noches se suicidaba en una borrachera infinita un pobre trabajador desengañado, á quien le habian hecho creer que era poeta. En la misma noche Caoutchout, uno de los héroes de Paris, salia del baile de la Opera, donde habia hecho prodigios de danza. Hay aquí en todos los bailes ciertos infelices pagados por las empresas para bailar un *can-can* desenfrenado, y sostener así la animacion de la sala. Caoutchout habia sido en esta noche el héroe del baile. Nadie se movió, ni nadie gritó como él. Su cabeza giraba en el vértigo de la danza como henchida de toda suerte de pensamientos felices; su garganta lanzaba ruidosas carcajadas, verdadera explosion de la loca alegría de su pecho. A cada paso daba un salto; á cada minuto decia una gracia. Cualquiera hubiese dicho que pasaba la noche más feliz de su existencia aquel bailarin sempiterno. Y por la mañana, cuando las máscaras se iban, cuando las luces de la orgía se apagaban, cuando la pálida alba traspasaba las nubes, el bufon, el acróbata, el danzarin, se lanzó al Sena y murió de la muerte clásica, de la muerte romana, del suicidio. Hubo quien atribuyó á embriaguez tal suicidio. Engañábase ciertamente.—Provenia de una meditacion; pues llevaba en los bolsillos una carta anunciando su muerte. Ha disfrazado de oso. Hace pocos dias leia en un periódico, que en Paris hay una mujer abandonada, sin padres, sin amigos, sin esposo, sin hogar, la cual ha concentrado todos sus amores en un papagayo. Y tras estas tragedias conocidas, mil desconocidas. Una equivocacion de un anuncio de la Ópera ha causado varios divorcios. Algunas mujeres hablaron á sus maridos de una ópera que anunciaban los carteles, cuando á última hora no hubo funcion. ¿Quién sabe si estas equivocaciones del cartel habrán sido para algunos tan funestas como el blanco pañuelo de Desdémona en las manos de Otelo? Y todos los dias hay desapariciones misteriosas. El mar infinito devuelve los cadáveres. El insondable Paris no devuelve á muchos séres de todas condiciones que se ahogan en sus abismos. Hace pocos dias que acaba de desaparecer un jóven de la aristocracia. Nadie sabe de él. Y áun hay más tragedias. El demócrata Julio Favre va á ser nombrado de la Academia Francesa, y el volteriano Edmundo About ministro de Instruccion Pública. ¡Y luégo quieren los parisienses que las almas grandes, como las del Baron Brisse, por ejemplo, no se refugien en las cocinas despues de leer un Manual del cocinero, como Caton de Utica se refugió en la muerte, despues de haber leido un diálogo de Platon! Paris es como el pólipo, inmenso estómago. ¡Y yo que sé el remedio para convertirlo en grande, inmenso cerebro! Oigan mis lectores la siguiente anécdota. Un dia estaba convidado á Compiegne, á la residencia de otoño del emperador, el hijo de Alejandro Dumas. Un chambelan le mostraba á él y á otros amigos suyos las habitaciones que les habia destinado su huesped imperial. Señores, les decia el palaciego, aquí estarán ustedes con toda libertad. ¿Con libertad? dijo Alejandro Dumas. ¡Qué lástima que no hayan convidado á toda Francia!

EMILIO CASTELAR.

EL PADRE JACINTO Y EL ABATE MICHAUD.

No vamos á hacer una biografía de estos hombres. La del padre Jacinto es bien conocida, y lo son tambien las causas que dieron el triste resultado de separarse de la Iglesia católica aquel ilustre y sabio sacerdote, cuya voz elocuente resonara más de una vez bajo las altas bóvedas de la basílica de Notre-Dame de Paris, pregonando las grandezas del catolicismo.

La soberbia es mala consejera.

La soberbia precipitó á Luzbel, dice la Sagrada Escritura, y en la soberbia se han inspirado casi todos los heresiarcas, desde Orígenes hasta Lutero, desde Juan de Huss hasta el padre Pasaglia.

Pocos dias hace han publicado los periódicos una carta que el padre Jacinto acababa de dirigir al reverendo padre Gratry, cuando supo que este esclarecido y piadoso sacerdote habia abjurado los errores consignados en sus famosas *Cartas* relativas al concilio Ecuménico de Roma y á la declaracion, como dogma de fé, de la infalibilidad del Papa—y este es el motivo que nos impulsa á ofrecer el retrato que aparece en la primera página de este número.

En dicha carta, escrita bajo la inspiracion de la gracia, se lamenta el padre Jacinto de la heróica resolucion tomada por el célebre oratoriano; condena su religiosa humildad; le culpa de medroso, y le reta á entablar una polémica teológica sobre los puntos de fé sancionados por el citado concilio.

Y es que uno á uno van abjurando los más altivos adalides de la causa que defiende el padre Jacinto; y éste, al mirar en torno de sí mismo, hallándose solo, hace los mayores esfuerzos para detener el paso de las ovejas que se encaminan decididamente al redil que abandonaron.

Es seguro que si el padre Gratry no hubiese fallecido, habria aceptado el reto del padre Jacinto, y los fastos del catolicismo se habrian aumentado con las páginas de una notable controversia.

Hemos dicho mal: el padre Jacinto no está solo desde el dia 5 del corriente.

Él tiene ahora á su lado al abate Michaud, coadjutor de la Magdalena de París, quien, con aquella fecha, ha dirigido á monseñor Guibert, arzobispo de la diócesis, una larga epístola, en la cual, «áun á riesgo de escandalizar á los fieles,» rechaza públicamente las decisiones del concilio romano, considerándolas como inverosímiles y poco sérias, inspiradas por el ultramontanismo: llama á aquella augusta Asamblea *ludibrium Vaticanum*, y dice que sólo es digna de formar *pendant* (sic) con el conciliábulo de Efeso, llamado en la historia *latrocinium ephessinum*.

Y se atreve á declarar, no obstante, que permanece siendo católico—*je suis catholique et je resterai catholique*;—no siguiendo, añade, las decisiones heterodoxas del ultramontanismo, sino profesando los principios ortodoxos del *antiguo* catolicismo, consignados en esta fórmula: *quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est*.

Esto es: creyendo lo que siempre y en todas partes han creido los católicos.

¡Como si se pudiera ser católico, cuando no se admiten los dogmas de fé de la Iglesia católica!

«Yo escribiré—concluye—para enseñar á los fieles el punto donde se encuentra la verdadera Iglesia.»

Escribirán tambien, es de suponer, los piadosos y sabios sacerdotes de la Iglesia católica; oiráse tal vez nuevamente la voz enérgica y persuasiva de monseñor Dupanloup y de otros ilustres defensores de la verdad; y todos ellos, animados de la caridad evangélica, rogarán por los descarriados, aunque combatan sus errores.

Y darán gracias á Dios el dia en que ellos, como el padre Gratry, vuelvan al seno de la Iglesia católica, que abandonaron.—X.

VARADERO DE BARCELONA.

Pocos son los puertos españoles que tienen obras del género de la que señala el grabado de la pág. 117; y es de sentir ciertamente, porque no siendo excesivo el costo de ellas, son muy notables los resultados que producen y no escasas las ganancias que ofrecen.

Un varadero fué considerado siempre como necesario en todos los puertos de alguna importancia; y en la opulenta Barcelona, á cuyas playas arriban numerosos buques de todas las naciones, quedó concluido en 1862 el que se halla á continuacion del muelle.

Desde la inauguracion de este varadero, han sido reparados en él tres buques por semana, término medio, porte de 200 á 1.000 toneladas, y claro está que han hallado ventajas los dueños ó capitanes de los mismos.

Aun recordamos haber visto, en el citado varadero, el vapor *Europa*, de la compañía de Navegacion é Industria, y los gallardos vapores *Rey Jaime I* y *Mallorquin*, de la compañía Mallorquina.

INGLATERRA.—LOS PRÍNCI

ES Y SUS HIJOS (pág. 127).

CRÍTICA LITERARIA.

EL NUEVO LIBRO

acerca de

D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA,

PREMIADO CON LA MEDALLA DE ORO, É IMPRESO Á EXPENSAS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

CARTA Á SU AUTOR

EL SR. D. LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Muy señor mio y de todo mi aprecio: acabo de poner fin en este momento á la agradable y enseñadora lectura de su libro acerca de *Ruiz de Alarcon*, meritísimamente premiado por la Real Academia Española.

Ante un fallo tan solemne y justo, ¿qué puedo decir yo en memoria y celebracion de esta obra, siguiendo el irresistible impulso que siento de manifestar á usted mi admirador entusiasmo?

¿Y qué? ¿es tan fácil acaso celebrar su libro? Para ello sería menester pluma que en gala, vida y elocuencia pudiese en algun modo competir con la de usted, á fin de que el juicio y la alabanza fuesen tales como él seguramente se merece y yo anhelo.

No alcanzo tan honrosa ventura; pero en fé de la benevolencia ilustrada que á usted tanto distingue, y que en la ocasion presente me anima y es mi única esperanza, me atrevo á dirigir á usted un sencillo homenaje de mi aprecio expresándole con brevedad mi juicio. A lo ménos verá usted en él que para un aficionado á las letras no ha sido indiferente la lectura de tal obra, y que si los que algo saben de las vidas de nuestros poetas tanto hallan en el *Ruiz de Alarcon* que admirar, ¿qué no encontrarán los que más saben y alcanzan?

Ese libro de usted es, al par que vida de Ruiz de Alarcon, un arte de escribir obras de este género con todo el encanto de una imaginacion floridísima y toda la elegancia de un discretísimo estilo; donde es de ver y delicadamente sentir hasta qué punto se puede hoy bien hablar la lengua castellana sin afectacion y con la soltura y primor de los autores del siglo de oro.

Creo que la vida más difícil de escribir de todos los dramáticos del siglo XVII es la de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza: por eso causa mayor maravilla el libro de usted, en que venciendo por medio de su laboriosidad y de su preclara inteligencia todos los inconvenientes de la lejanía del tiempo y del olvido, hace usted renacer á nuestra vista el siglo de Felipe III y Felipe IV, y hablar ante nosotros á los escritores de aquella edad, segun sus sentimientos y sus costumbres, ligando concertadísimamente todo en sus relaciones con el gran poeta Alarcon.

Usted ha logrado describirlo tal como fué: dramático incomparable, y digno de inmortalidad.

Inútilmente se enseñorearon y contra él pravalecieron las malas pasiones: en vano contra él profirió la enemistad palabras de maldicion y de amargura amenazadora; juntos muchos en una perversa voluntad para que su mérito no se conociese.

Bien ha sabido usted escudriñar y poner en su punto las causas del ódio contra Alarcon, y los nobles designios de este poeta.

Sabia perfectamente que el pueblo siempre está necesitado de sabiduría y de virtudes; y por eso quiso enseñarle en el teatro el camino de la vida y de la verdad, con oposicion á otros autores muy dados al halago de las vulgares pasiones para conseguir seguros y fugaces aplausos.

Cordialísimamente felicito á usted por su libro: la literatura española está tambien de plácemes con tal obra y con tal elogio de un poeta merecedor de la más alta estima.

Y anhelando tener otros instantes de enseñanza, de satisfaccion y de entusiasmo con libros nuevos de tal valía, significo y reitero á usted las firmes esperanzas que tenemos en la ciencia, buen gusto y tareas de usted, de que en otros escritos dará más y más dias de gloria á España.

Cierto es que estos y no otros deseos abrigan en su alma los aficionados á las letras patrias.

Reciba usted, señor don Luis, con tal motivo las expresiones de toda la voluntad y el mayor afecto de este S. S. y amigo Q. B. S. M.,

ADOLFO DE CASTRO.

EL GLOBO DE M. DUPUY DE LOME.

Pocos dias hace leíamos en un periódico los siguientes párrafos:

«París va quizás á recobrar su supremacía y á adquirir nuevos títulos á la consideracion del mundo y al reconocimiento de las naciones.

»Si el experimento efectuado la semana última en Vincennes es tan concluyente como se afirma, el trascendental problema de la direccion de los globos aerostáticos habrá quedado resuelto, y el genio humano habrá realizado una inmensa conquista.»

Y casi á la par recibíamos (de uno de nuestros corresponsales en París) un dibujo que representaba el globo (*ballon dirigeable*) de M. Dupuy de Lôme, y detalles minuciosos relativos al experimento que se menciona en las líneas anteriores.

En efecto, en la tarde del 2 del corriente, desde el glacis del Fort-Neuf de Vincennes, y en presencia de una comision oficial nombrada por el ministro de Instruccion pública de Francia, tuvo lugar la ascension de un aerostático de hélice, construido, á cuenta del Estado, por el susodicho M. Dupuy de Lôme.

Comencemos por decir que este es un sabio ingeniero francés, geólogo y físico muy distinguido, á quien encargó el gobierno de la defensa nacional, en órden de 29 de Octubre de 1870, la construccion de un globo aerostático susceptible de direccion, con arreglo al proyecto que habia presentado á la Academia de Ciencias el citado aeronauta.

Nuestros lectores hallarán un dibujo en el primero de los grabados de la pág. 116, que retrata exactamente el globo.

Este es elíptico, forma que el inventor considera como necesaria, á fin de que el eje del aparato sea paralelo al eje de la fuerza de propulsion; es de seda (tafetan blanco), y merced á una capa de betun especial, los poros están cerrados herméticamente, y queda impedido el escape del gas hidrógeno puro con que se carga el aparato; tiene, por último, dos redes que le envuelven por completo, interior y exteriormente.

De la parte inferior del globo está suspendida una navecilla de mimbres, y en ella se encuentran el timon y el hélice de propulsion: éste tiene dos alas, se mueve por medio de un torno, y su árbol es de acero.

Construido así, y cargado de gas hidrógeno (en cuya operacion se emplearon tres dias), tomaron asiento en la navecilla catorce personas, entre las cuales se contaba el inventor, encargado de dirigir los experimentos, y MM. Zedé, ingeniero de marina, Yon y Dartois, conocidos aeronautas.

En seguida, y dada la señal, el globo se elevó en el espacio, mientras cuatro hombres impulsaban el hélice para dar á aquél el necesario movimiento de traslacion.

Eran las once y media de la mañana.

Ante todo, los aeronautas se aseguraron de la estabilidad, celeridad y obediencia del globo, en virtud de varias evoluciones hechas sin rumbo fijo; para medir la ruta con relacion al suelo, llevaban una brújula de embarcacion de marina; la altura se observaba en un barómetro aneroide, graduado al efecto; y un termómetro ordinario permitia observar los grados de la temperatura.

A las doce, el globo partió.

A la una y quince minutos se hizo parar la hélice, y los resultados fueron los siguientes: altura de la barquilla sobre el nivel del punto de partida, 560 metros; temperatura, 6 grados; direccion de la ruta sobre el suelo, Nordeste; celeridad en esa direccion, 12 metros por segundo, ó sean 43.200 metros por hora.

A la una y treinta minutos se volvió á poner la hélice en movimiento, con órden al timonero de dirigir la cabeza al Sudeste, formando así un ángulo de 85 grados con la última ruta seguida. Altura, 607 metros; temperatura, 6 grados; cabeza, direccion media, con variaciones Sudeste; número de hombres en la hélice, 8; número de vueltas de la hélice por minuto, 25; velocidad propia del globo, 2 metros 35 centímetros por segundo; por hora, 8.460 metros; velocidad del globo sobre el suelo, 12 metros por segundo.

A la una y cuarenta y cinco minutos, la velocidad era de 15 metros por segundo, ó sea 54.000 metros por hora, y la direccion Nordeste.

Sucesivamente, la altura fué subiendo á 660 metros, 910 metros, y á las dos y treinta y cinco minutos era de 1.020 metros.

El termómetro marcaba en tal hora 4 grados; la velocidad del globo sobre el suelo era de 16 metros 50 centímetros por segundo, ó sean 59.400 metros por hora, y la direccion Nordeste 6 Este.

A las tres en punto tomaba tierra el globo en Mondécourt, pequeño pueblo situado á 17 kilómetros de Noyon y 110 de París, y la operacion de descenso, á pesar de la violencia del viento, se efectuó con toda felicidad, sin el menor sacudimiento.

Resultados: que la estabilidad de la barquilla es perfecta; que el globo obedece al timon, y que la hélice imprime con regularidad el movimiento de traslacion;—advirtiendo que el inventor asegura que, colocando en la barca una máquina de vapor, la velocidad del globo llegará á ser de 15 kilómetros por hora.

Como es de suponer, M. Dupuy de Lôme, ya de regreso en París, presentó á la Academia de Ciencias, en la noche del 5, un informe sobre el viaje aéreo que acababa de realizar el atrevido aeronauta, el salon ofrecia un lleno completo, y en la presidencia se hallaban hombres tan eminentes como MM. Fayé, Dumas, Beaumont, Quatrefages, y otros.

Ante ellos demostró M. Dupuy que los globos pueden ser dirigidos, puesto que él habia hecho terminar el suyo por ruta prefijada, y descender á voluntad en el punto señalado en sus cálculos, y en hora indicada de antemano.

Hasta aquí los apuntes relativos al experimento realizado por M. Dupuy de Lôme.

Pero séanos lícito recordar que en *La Presse* del 25 de Setiembre de 1852, escribia M. Emile de Girardin las siguientes frases:

«Ayer viernes, 24 de Setiembre de 1852, un hombre ha partido imperturbablemente sentado sobre el *tender* de una máquina de vapor, elevada por un globo que tenia la forma de una inmensa ballena, navío aéreo, con un mástil que le servia de quilla y una vela triangular que hacia el oficio de timon.

Este Fulton de la navegacion aérea se llama Henri Giffard.

Es un jóven ingeniero á quien no han logrado desanimar ni separarse de esta empresa atrevida, ni los sacrificios, ni los desdenes, ni los peligros...»

Y efectivamente, en la obra *Merveilles de la Science*, de M. Louis Figuier, se encuentra un grabado que retrata el *aerostat dirigeable* de M. Giffard, casi enteramente igual al que nosotros ofrecemos en la página citada, representando el globo de M. Dupuy de Lôme.

M. Giffard se elevó en París en condiciones desfavorables, con fuerte viento: pero su viaje bastó para demostrar que el principio de la direccion de los globos habia sido encontrado.

No ha olvidado este hecho M. Gaston Tissandier, colaborador de *L'Illustration* de París, y en el número 1.512 (correspondiente al 17 del actual) de este semanario, examina detenidamente los dos globos, los compara, y deduce que el de M. Dupuy de Lôme es el mismo de M. Giffard, con leves modificaciones, y áun cree que el de este último era preferible.

No obstante, el citado M. Tissandier y todos los periódicos parisienses claman por la repeticion del experimento, á fin de obtener una confirmacion precisa ó un desengaño más.

Al concluir estos apuntes, añadiremos que la prensa noticiera de España anuncia, con referencia á un diario de Zaragoza, que el señor don Julian Bosque, catedrático en el instituto de Huesca, tenia solicitado, hace ya tiempo, privilegio de invencion, por haber hallado el medio de dirigir los globos con el timon y la hélice.

EL ESPÍRITU DEL SIGLO,

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS,

original

DE D. RAMON DE NAVARRETE.

CARTA UNDÉCIMA.

CÁRLOS Á MARCELO.

18 de Abril.

Tampoco amo á esta pobre niña á quien he inspirado una loca pasion; al principio me halagó el sincero cariño que me demostraba; despues...—te lo confieso con vergüenza,—despues la he cobrado antipatía, y sus monadas, sus gracias infantiles, me causan impaciencia, casi indignacion. Ya me fastidia oirle repetir á todas horas mis malhadadas composiciones: ya me aburre ser objeto de un culto asiduo y ferviente...

Y es que mi alma sueña otro amor más grande, más espiritual, más puro: es que mi corazon se halla dominado y poseido por un sentimiento exclusivo y vehemente.

No te lo he revelado todavía, porque há poco tiempo que me lo he dicho á mí mismo:—amo, idolatro á María.—Hé ahí el secreto del dolor intenso que me producian su frialdad y su desdén; hé ahí la explicacion del misterioso impulso que me conducia siempre á sufrirlos.

¡Ay! ¡Cuán cerca he estado de la felicidad, y de qué modo tan insensato he huido de ella! Creo que ántes hubiera podido aspirar, si no á una inmensa pasion

como la mia, á una buena correspondencia por parte de María; pero hoy,—no me queda duda,—hoy le soy indiferente, ó me desprecia.

Tiene razon: ella, con la intuicion maravillosa que posee, ha adivinado todas mis bajezas, todas mis miserias: me ha visto correr en pos de las novias ricas y de las herederas opulentas; y desde entónces su organizacion noble y generosa ha sentido hacia mí invencible desvío.

Si cuando poseia yo ese poco de oro que sólo ha servido para consumar mi infamia; cuando era todavía un hombre laborioso y honrado, la hubiese ofrecido mi mano y mi nombre, ella los hubiera aceptado sin vacilar, y quizás con satisfaccion; pero si hoy fuese á poner á sus piés mi supuesta fabulosa fortuna, la rechazaria indignada.

Confesarle la verdad sería cubrirme de vergüenza y de oprobio: ella no me perdonaria nunca la culpable supercheria en cuya virtud aparezco lo que no soy; su natural rectitud se sublevaria ante la idea de asociarse á la obra del engaño y de la mentira.

Además, ya es más rica que yo: ha heredado una fortuna, si bien modesta, suficiente para todas sus necesidades. Conociendo mis anteriores faltas, pudiera sospechar que el interés sólo me llevaba á colocarme en el número de sus adoradores y pretendientes.

Ahora son éstos infinitos: ántes á todo el mundo le parecia graciosa é interesante; pero ¡bah! ¿Quien habia de pensar en casarse con una huérfana recogida por la marquesa de Valle Real, poco ménos que de limosna? Actualmente, desde que se sabe que tiene tres mil duros de renta, no hay quien no pondere su talento, su educacion, sus encantos; no hay quien no se considerase dichoso en ser aceptado por ella.

Su pequeña corte se compone de títulos del Reino arruinados; de *dandys* que han cumplido los cuarenta años; de políticos hambrientos y ambiciosos. María no me parece haber perdido la cabeza en medio de los obsequios que recibe, ni creo que se ha embriagado todavía con el abundante incienso que se quema en sus aras. No: á todos oye y á ninguno escucha; con todos es amable, y con ninguno afectuosa: y á las veces leo en su hermoso semblante una expresion vivísima de disgusto y de repugnancia.

De dos meses á esta parte ha cambiado su manera de ser para conmigo: no ha vuelto á tratarme con la franqueza, con la familiaridad de ántes; pero no se muestra esquiva ni adusta: frecuentemente me dirige la palabra con acento suave, con voz dulce, y tenemos largas conversaciones en que hablamos de multitud de asuntos,—menos de aquel de que quisiera hablarla.

Con la penetracion, que es una de sus más sorprendentes dotes intelectuales, conoce en seguida cuándo estoy triste, cuándo mi ánimo se halla abatido y enfrenado.

Entónces se acerca á mí; y mostrándose alegre y comunicativa, risueña y decidora, tiene la habilidad de devolver la calma á mi espíritu, de infundirme confianza y fé en el porvenir.

Despues, cuando su buena obra está terminada, se aleja de mí, y va á prodigar á otro los tesoros de su entendimiento y de su corazon.

No: no me odia, no me desprecia: me compadece.—Sin darse cuenta precisamente de mi horrible situacion, adivina que padezco, que no soy venturoso; y en tales momentos su alma noble y generosa vuela hácia mí á consolarme, á refrigerarme, á inspirarme valor.

¿Lo tendria yo si la viese casada; si la mirase admitir siquiera los obsequios de cualquiera de los parásitos que se agitan en torno suyo?—Creo que no: ántes que contemplar en brazos de un hombre indigno de ella á ese ángel de belleza y de bondad, le daria la muerte, ó me la daria á mí mismo.

Imagínate, Marcelo, si seré infeliz dominado por esta pasion inmensa, viéndome en la necesidad de fingir un amor que no siento; de dirigir frases de ternura á la mujer á quien no amo; de tomar la actitud de un amante próximo á obtener el logro de sus deseos.

Aunque Margarita no es un prodigio de perspicacia, suele enfadarse de mi tibieza en presencia de sus transportes amorosos. Entónces llora, gime y se desesperá; y me veo obligado á contentarla, repitiéndola las protestas de mi constancia y de mi afecto. La pobre niña se convence y me perdona; y vuelvo á hacer sonar la infame cadena que me sujeta á ella. ¡Ay! ¡Cuánto daria yo por romperla; por recobrar mi libertad; por librarme de este yugo afrentoso y cruel!

¿Quién sabe? El conde de Mayagüés no es tan inocente ni tan cándido como su hija: el me estudia y me observa, y cada dia me interroga acerca de los justificantes de mi capital.

Hasta el presente he dado siempre largas al asunto, hablando de los trámites de la testamentaría de mi tio; de la pereza de los administradores; de la lentitud de los procedimientos judiciales en España, y sobre todo en América...

El conde mueve la cabeza de un modo particular, como quien duda y sospecha de la verdad de mis palabras, y añade medio de broma y medio de veras:

—¡Pobre Margarita! ¡Veo que tiene usted poca prisa por casarse!

Un dia me faltará la paciencia; responderé con acritud y dureza á mi futuro suegro, y todo quedará terminado.

Mas ¿cuál será mi situacion entónces?—La boda con la mulatilla es mi única esperanza: he invertido cerca de veinte mil duros en los gastos de instalacion—en muebles, carruajes y caballos;—el juego se ha llevado dos ó tres mil más, y en los seis meses transcurridos desde el principio de la farsa he gastado la mayor parte del resto.

Mi tesoro disminuye de una manera alarmante; si Dios no lo remedia, pronto estará como el de España, y será indispensable vivir del crédito. Un millonario que toma dinero á préstamo, inspira luégo desconfianza; como nadie ha conocido á mi tio, empezarán pronto las dudas, las sospechas, los comentarios, y al cabo se descubrirá la verdad.

Así, no me quedan más que dos recursos: ó conseguir que el conde, por la influencia de su hija, cierre los ojos y renuncie á conocer el estado de mi fortuna, y casarnos inmediatamente; ó llevar á cabo mi funesta resolucion.

Deshonrado ó envilecido, no quiero, no puedo vivir; y bien lo ves, Marcelo, no hay otra alternativa para mí que las riquezas ó la muerte.

CARTA DUODÉCIMA.

JULIA Á MARÍA.

Vigo 1.º de Junio.

Marcelo se encuentra gravemente enfermo, y estoy llena de ansiedad. Tiene calenturas tifoideas; pero el médico asegura que su sana y robusta naturaleza triunfará al cabo del mal.

Mi madre no se separa de él un momento; en cuanto á mí, á pesar de hallarse tan cercana la fecha de nuestro enlace, por dos causas poderosas no me permiten entrar en su cuarto.—La una no necesito decírtela: la otra es el temor al contagio.—Figúrate mi inquietud y mi pena.

Pero no te escribo para hablarte de esto, sino de otro asunto que te interesa á ti.

En el delirio que le acomete con frecuencia, Marcelo pronuncia á cada instante el nombre de Cárlos Aguilar, á quien dice que amenaza un gran peligro: y en ocasiones quiere lanzarse del lecho para correr á salvar á aquel. Además de esta circunstancia, que no sería suficiente para alarmarnos completamente, mi madre ha tropezado con una carta de Cárlos que justifica hasta cierto punto los temores del pobre enfermo. En ella habla Cárlos—¡asómbrate!—de sus apuros pecuniarios, cuando todos le creíamos opulento, riquísimo;—un verdadero Creso.—Despues añade que no le queda más esperanza que la muerte.

Adivino tu angustia y tu dolor al leer las líneas que te escribo á escape, durante algunos instantes en que reposa Marcelo. ¿Qué desgracia que éste no se halle en disposicion de tranquilizarnos, ó si no de volar, segun ya lo hizo algunos meses há, al lado de su amigo.

Haz lo que puedas para impedir una catástrofe; y sin embargo, ¿qué ha de hacer una débil mujer, obligada á respetar las conveniencias, á obedecer las leyes de su propio decoro?

Mi madre entra en este momento y me dice que te envie copia de la epístola susodicha: dice así:

«Madrid 27 de Mayo.

»Acaso, Marcelo querido, te escribo por la última vez: mis planes de matrimonio han fracasado; todo está deshecho, roto: el conde de Mayagüés sale dentro de breves dias de Madrid con su hija, á la que arranca de mi lado para curarla de su insensato amor. Sabe ó sospecha la verdad de mi situacion, y yo no he tratado de ocultársela. Vale más acabar cuanto ántes, porque mi vida es verdaderamente insoportable. Anoche he perdido en el juego los restos de mi fortuna; y ¡si vieses con qué satisfaccion miraba desaparecer lo único que me ligaba á la vida!

»¡Estoy decidido! ¡Adios! ¡Siento no estrechar tu mano! ¡Siento no escuchar tu voz cariñosa ántes de morir! ¡Ojalá no la hubiese desoido cuando áun era tiempo de salvarme! ¡Ojalá no se hubiera interpuesto entre el amigo verdadero y fiel y yo, el demonio del orgullo y del lujo que mi impulsaba á mi perdicion!

»Adios; mis últimos pensamientos serán para ella y para ti.»

Te he dirigido ántes tambien—siempre por consejo de mi excelente madre,—un telégrama que te indicará lo grave de la situacion. ¡Haga Dios que llegue oportunamente, y puedas evitar una horrible desgracia! ¡Ay! Amenazadas las dos de un infortunio semejante, por lo que padezco imagino cuánto debes padecer tú. ¡Si los dos muriesen! Si nos faltaran á ti el hombre á quien has amado ardientemente en silencio, consagrándole tu vida entera; á mí el único que ha hecho palpitar mi corazon; aquel á quien conocí desde mi infancia; que compartió despues los juegos de la niñez; que fué sucesivamente mi hermano, mi amigo, mi amante...

El médico acaba de salir de la alcoba: voy á ver lo que opina acerca del paciente...

A pesar de las precauciones del buen doctor, que se halla al corriente de todo, sus palabras me han llenado de espanto.

—Hay más agitacion que ántes;—me ha respondido;—la fiebre aumenta en intensidad. Los dientes, por fortuna, no han perdido su blancura...

—¡Es decir que si se pusieran negros!... exclamé fuera de mí de terror.

—Sería indicio de que se habia declarado el tífus. Pero confio en que semejante caso no llegará.

Y dirigiéndome una mirada compasiva, y estrechándome afectuosamente las manos, se alejó triste, pensativo, preocupado, como el que busca en los secretos de la ciencia la resolucion de un problema oscuro y difícil.

¡María, en estas horas de sobresalto y de congoja, en estos momentos de angustia y de dolor, levantemos los ojos y el corazon al cielo, y pidámosle que, á trueque del más penoso de los sacrificios, conserve á nuestro amor y á nuestra ternura los dos séres que idolatramos!

El telégrama, que llevaba la propia fecha, y que fué expedido dos horas ántes, sólo contenia estas palabras:

«Cárlos quiere morir: salvale.—Marcelo, gravemente enfermo, no puede volar allí.

(Se concluirá.)

SUCESOS DE VALLADOLID.

¿Quién es ella?—Con esta frase popular debemos empezar el presente suelto, dedicado á narrar el suceso ocurrido en Valladolid, en la tarde del 8 del corriente: por una *ella*, en efecto, tuvieron una cuestion desagradable un jóven estudiante y un jóven cadete, y el espíritu de compañerismo hizo lo demás.

Queremos referirlo con estricta imparcialidad, no solamente fundados en las cartas que nos ha remitido nuestro activo corresponsal, sino tambien, y muy principalmente, en las alocuciones dirigidas á los escolares y á los habitantes por el rector de la Universidad y por las autoridades civiles, y áun teniendo á la vista la comunicacion que ha enviado al gobierno el ayuntamiento vallisoletano,—la cual ha sido reproducida por los periódicos de esta corte.

Mala inteligencia habia (segun se dice) entre estudiantes y cadetes, por la causa insignificante que dejamos explicada, y más de una persona sensata consideraba como inevitable, dada la ligereza de los jóvenes, el sensible acontecimiento que tuvo lugar, por fin, en la tarde del dia citado.

Hallábanse paseando en el Campo Grande no pocos estudiantes y áun profesores, confundidos entre una multitud de personas, vecinos pacíficos de la ciudad, cuando se presentaron en el paseo los caballeros cadetes, con sus jefes, y seguidos de los soldados de la escuela de herradores.

De alarde ridículo de fuerza calificaron los escolares este hecho, y mostraron su disgusto con algunas palabras agresivas, silbidos, y voces de: ¡fuera!; y aunque varios profesores, que allí como ya hemos indicado) se encontraban, procuraron calmar los exaltados ánimos de los estudiantes, la indignacion de éstos fué en aumento al observar que ni siquiera los herradores, armados con sables y revólvers, se retiraban.

Parece que tambien manifestaron disgusto el alcalde popular, el gobernador civil interino y otras personas notables de la poblacion, y hasta se asegura que aquellas dos autoridades se acercaron al capitan general, señor Baldrich, allí presente, y le hicieron saber los deseos de los escolares, reducidos á que se retiraran los cadetes y los soldados,—á cuya pretension no accedió éste.

Excitáronse más los ánimos, segun puede suponerse, con tan inesperada negativa, y los herradores,

BELLAS ARTES.—«San Nicolás de Bari,» cuadro de *Jordan*, de la *Galería* de D. F. Brabo, de Buenos Aires.

cuando se dirigian, por fin, al cuartel, como observasen que algunos escolares les seguian, volvieron al punto y acometieron á éstos sable en mano, de cuya brutal batida resultaron tres escolares heridos y varios contusos.

Otra vez cargaron, ayudados entónces por los cadetes y por medio escuadron de caballería,—segun leemos en un telégrama dirigido por el juez de primera instancia al señor ministro de Gracia y Justicia.

Este es el relato imparcial del suceso que representa el segundo de los grabados de la pág. 116, hecho por nuestro distinguido colaborador y amigo el señor Miranda, en vista de un croquis de nuestro corresponsal en Valladolid.

Concluiremos diciendo que, merced á la noble y generosa mediacion en este asunto de algunas respetables personas, en la tarde del 10 se verificó la deseada reconciliacion entre el cuerpo universitario y el de los caballeros cadetes de caballería; éstos y los estudiantes, precedidos de músicas militares y de la poblacion, recorrieron las calles amistosamente confundidos y olvidados, al parecer, de las cuestiones que ocasionaron los desagradables sucesos que dejamos referidos.

SAN NICOLÁS DE BARI,

CUADRO DE JORDAN.

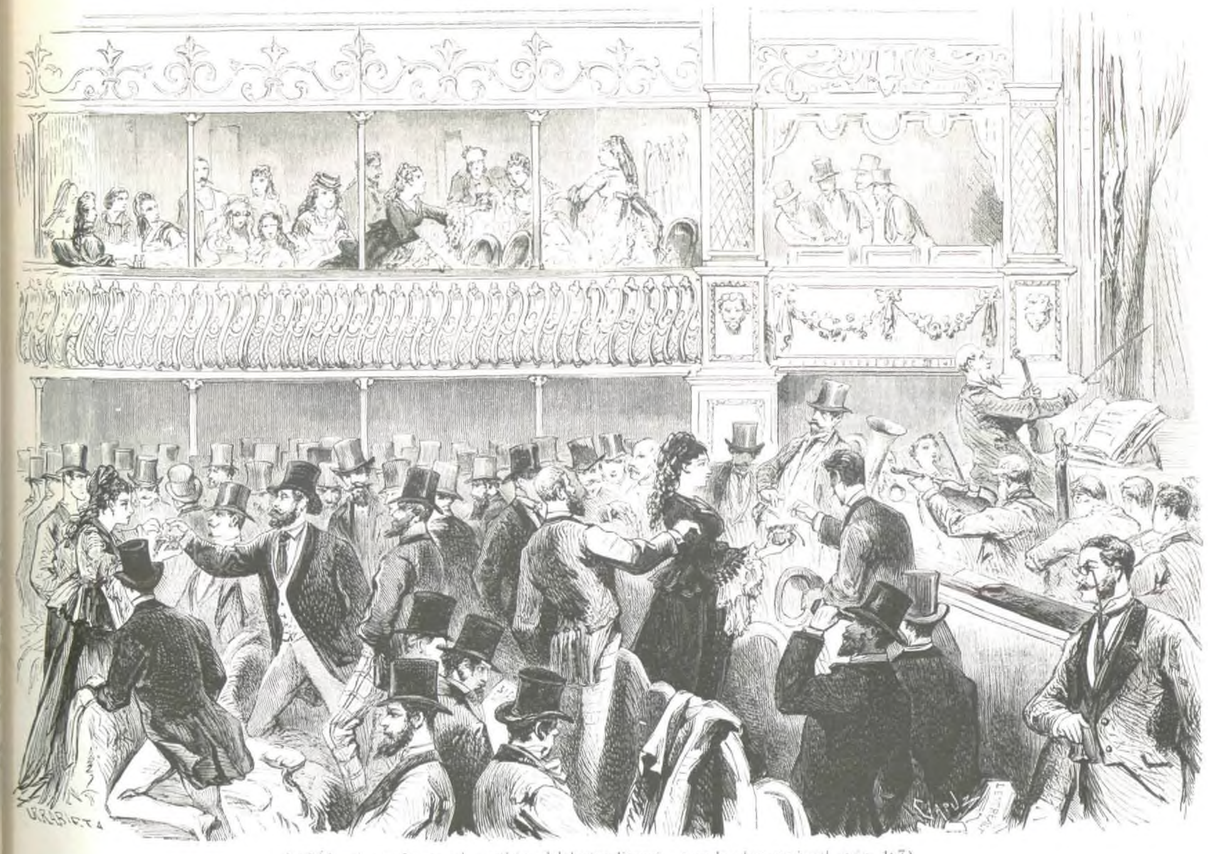
En esta página aparece una copia fielmente sacada de este hermoso lienzo, que forma parte (como ya hemos dicho en el núm. III de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA del presente año) de la Galería artística adquirida en esta corte por el opulento capitalista don Francisco Javier Brabo, vecino de Buenos Aires.

Sabido es que el «San Nicolás» que contemplan nuestro grabado es uno de los mejores lienzos del esclarecido pintor napolitano, discípulo del Ribera.

Á fin de no incurrir en repeticiones, llamamos la atencion de nuestros lectores hácia la pág. 48, en la cual hallarán algunos apuntes relativos á la *Galería*.

Aquí debemos limitarnos á hacer observar la esmerada ejecucion de la copia, dibujo y grabado de los conocidos artistas.

PARIS.—El pueblo leyendo y comentando los edictos sobre los nuevos impuestos (pág. 127).



PARIS.—Suscricion por los artistas del teatro Francés, para la obra nacional (pág. 127)

APUNTES SOBRE EL ARTE.

I.

Y digo apuntes, porque al fijarme en el teatro para centro de mis ideas, no intento remover las vulgares discusiones dogmáticas de tantas escuelas que, como hijas más ó ménos bastardas, han nacido á la literatura dramática en su desarrollo, á través de los tiempos y las sociedades.

Sea esto la cordial sonrisa con que un amigo saluda desde el puerto el bajel que conduce al compañero de su infancia por entre los peligros de una noble empresa.

El teatro ha sido el primer culto de mi razon.

Hombres, cuya frente ciñe el genio con la corona de la autoridad, dirigidle desde lo alto de vuestra gloria, con vuestra voz y vuestras miradas, como Eurípides nos muestra al sol dirigiendo la marcha de su hijo incauto por las sendas de los cielos.

Parece que avergonzado de sus torpes delirios, se levanta hoy el teatro semejante á un vigoroso paladin, presentándose en la arena á reivindicar los derechos de su ultrajada divinidad, *el arte*. Autores y actores unen ya sus esfuerzos, y en nuestros oidos han resonado agradables promesas de vida y porvenir.

Si la moral quiere revestirse de una púrpura tan augusta como la de César, de una voz que conoce los más fáciles caminos del corazon, adórnese con el esplendor teatral, y reclame sus acentos á la poesía: entónces, eligiendo para sus altares el culto de la pureza, volverá el arte á ser aquella vestal, de quien Cervantes dijo: «Doncella de poca edad, y en todo extremo »hermosa, á quien tienen cuidado de pulir otras mu»chas doncellas, que son todas las otras ciencias..... »Quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de »inestimable precio.»

La historia ha vinculado en nuestra España el indisputable derecho al trono del teatro. Cuando las nacientes sociedades, depuesta la rudeza de costumbres que en los primeros tiempos de la Edad media, hicieron de la Europa un vasto *Juicio de Dios*, llegaron á escuchar algunas lejanas vibraciones del espíritu griego y latino en el laud del renacimiento, subyugados por la necesidad de sentir y expresar, modelaron su corazon bajo aquellas formas antiguas, que si bien tenian de universales lo que constituye el fondo del sentimiento humano, respondian á otra civilizacion, á otra sociedad, en fin, que la gran figura de Jesucristo apartaba de la nuestra.

Vióse andar á los pueblos vacilantes en redor del secreto que armonizara su vida con su voz, es decir, la manifestacion de sus propios sentimientos por el arte; y así fué que encerrado éste en una tímida imitacion, permaneció largo tiempo patrimonio exclusivo de los hombres doctos, y en peligro casi de perecer como una rama separada de su tronco, y falta de ese vigor, de esa sávia que fecunda y desarrolla los gérmenes de todas las ideas; la popularidad.

Entónces, en dos pueblos á la vez, pueblos sin relaciones apenas entre sí, sin la fraternidad de un comercio intelectual, se levantó el grito de independencia, que la historia de nuestras artes deben llamar el *Eureka* de su destino.

En España y en Inglaterra fué; y en tanto que los demás pueblos seguian con sus clásicos despojos, estos dos, rompiendo las trabas de un doctrinarismo enfadoso, crearon una literatura romántica, tan espontánea, hija de su naturaleza, como el fruto brotando entre las ramas, como la risa entre los labios.

Pasó el arte á ser un sentimiento general, porque las naciones reconocieron en Calderon y en Shakspeare su corazon que vivia, su inteligencia que pensaba. Desde entónces su carrera ha sido la marcha avasalladora de un conquistador.

¿Y cómo no, si su primer mirada sobre la humanidad fué un bautismo de civilizacion?

En la juventud del mundo, el poeta fué un sacerdote: su mision casi divina le colocó un estado sobre las categorías de los hombres; encontró la belleza, recogió la historia, sentenció á los pueblos. Cantaba Henodo, despues de Homero, desde el Olimpo; Tirteo sobre los campos de batalla; Píndaro entre el polvo dorado de los juegos, y Platon desde las profundidades del alma, como una voz misteriosa, eco tal vez de las nubes del Sinaí; el sacerdote sólo rindió su lira á los piés del poeta de los mundos, en torno á quien ruedan los astros entonando la epopeya de la creacion.

El pueblo hebreo ha derramado entre los demás pueblos su legislacion y su historia, como una divina herencia, y los que ignoren qué voz humana adoptaron los cielos para comunicarse con la tierra, abran ese sublime libro. Las arpas orientales no tienen notas tan ardientes como sus palabras, ni la poesía india con su inmensidad, colores tan brillantes, tan puros, tan primitivos.

El arte cristiano, apoderándose del amor, enseñó á idealizar los sentimientos. El amor es el movimiento de la vida que el hombre derrama fuera de sí, segun uno de los grandes pensadores de nuestro siglo: el amor es el gran poder, la gran vitalidad del arte, porque el corazon es el motor supremo. Hay una maravillosa relacion entre lo bello que da vida al amor y el amor que reproduce lo bello. Comienza el cristianismo por purificar á la mujer, y un cariñoso rendimiento fué el tributo del hombre á la que habia de ser mitad de su existencia, luz de su hogar y madre de sus hijos.

Una vida se robusteció con otra vida: la naturaleza de la mujer al fundirse, digámoslo así, con la naturaleza del hombre, vertió en su corazon un rayo de dulzura é idealidad, como derraman las estrellas sobre el Océano gimiente. El carácter del hombre deja de ser el egoismo rudo, presentando una poética armonía; enérgico pero sensible, varonil pero entusiasta y apasionado.

He aquí las condiciones en que nuestro teatro halló la sociedad, hé aquí las semillas vírgenes sobre que exhaló su fecundo aliento: porque si el amor habia sido cantado por los antiguos, aquel amor estaba separado del nuestro por el altar de Vénus. La mujer no era aún el corazon de la humanidad: los poetas griegos desdeñaron vestir esa pasion en su teatro, temiendo que al colorear el semblante de sus doncellas, pareciese como el velo de la debilidad, acaso de la impureza. Antígona, de Sófocles, flor de la delicadeza clásica, se sonroja de sentirlo, y apenas comprendiera el público el secreto de aquellas lágrimas, á no contar los ancianos con la timidez de quien siente haber descubierto un secreto peligroso: «¡Oh amor, oh in»vencible amor, que subyugas los poderosos de la tier»ra y reposas sobre las mejillas delicadas de la tierna »virgen, que surcas los mares, que visitas la cabaña »de los pastores! Nadie, nadie vive al abrigo de tus »dardos entre los dioses inmortales, ni entre los hom»bres efímeros: aquel que tú posees, es presa del de»lirio.»

Las mujeres de Homero lucen como joya la inocencia más que el rubor: la vírgen Nausicaa, en la Odisea, llama á sus doncellas, que huyeron aterrorizadas á la vista de Ulises desnudo.—«¡Deteneos! ¿Dónde »huís al aspecto de este mortal? ¿Es acaso un enemi»go á vuestros ojos?... El hombre que os espanta es »un desgraciado que su errante fortuna condujo á »nuestras riberas, donde debemos socorrerle: todos »los extranjeros y todos los indigentes son enviados »de Júpiter.»

Sabido es, en fin, que Alcibiades, Pericles y artistas y grandes hombres de la muy culta Atenas, convirtieron en escuela del buen gusto la sociedad de las cortesanas, único trato femenino que las costumbres permitian.

Perdónesenme esta digresion, encaminada, aunque en grandes rasgos, á mostrar sobre qué nuevos elementos nació nuestra literatura.

España era un país donde la caballerosidad, el culto á la belleza y el vigor de una generacion entusiasta, no habia menester más que su propio movimiento para derramar tesoros de riqueza inagotable. Este era aquel país que hacia exclamar al peregrino Haroldo:—¡Salve, oh bella España, region romántica y gloriosa!

Así es como nuestro teatro dió la vuelta al mundo, tan victorioso como nuestros tercios. Muchas naciones nos deben el esplendor del suyo, y nuestro genio podia grabar sobre su blason cosmopolita las palabras de Byron:—«He aprendido el lenguaje de la humanidad, y he dejado de ser un extranjero fuera de mi patria.»

II.

Avanzando de un paso la carrera de algunos siglos, vengamos á encontrar el arte en nuestros dias. Apartémonos del espectáculo de sus luchas y sus caidas; considerémosle en abstracto, como institucion, si me es permitido calificar así.

Evidentemente la raza latina ya ha comenzado su marcha en decadencia; para conocerlo, no hay más que tender la vista sobre su estado político y moral. Esto seria objeto de un detenido estudio, que no cabe dentro de estos límites. Otra razon hay, tan inflexible como la lógica, y es el cumplimiento de su mision. Reanimada con la sangre goda, adquirió entre las ruinas del imperio romano la juventud que adquiere el árbol al descender sobre sus raices las lluvias primaverales; este rejuvenecimiento fué obra providencial sin duda. Era preciso, por bien de la humanidad, que las luces de aquella gran civilizacion no se extinguieran por completo; y para el desarrollo de la doctrina cristiana, era tambien preciso que aquellos restos perdiesen la influencia de su carácter pagano en el seno de otros pueblos nuevos, donde la Gran Madre tuviese que luchar con las insuperables preocupaciones de una inteligencia envejecida en la costumbre del error. Bien arraigado el espíritu de verdad, comenzó la raza latina su primer jornada: el *renacimiento*, desplegando los tesoros que como recuerdos habia conservado de su existencia anterior, tuvo largo tiempo que permanecer fuerte para afianzar y defender dos obras hermanas que le estuvieron encomendadas: la *religion* y la *civilizacion*. Ya el mundo es posesion de ambas, y no es preciso una raza esforzada para mantener sus derechos.

He aquí cómo cumplida su obra *conservadora*, parece estar marcado tambien el cumplimiento de su destino: hasta su mision política parece tocar á su fin; pues todas las luchas que nos presenta la historia han sido el trabajo de las sociedades por condensarse en dos solos elementos, derribando cuantos poderes intermedios lo estorbaban: esos dos grandes polos son el *pueblo* y el *gobierno*, nada de castas, nada de privilegios: *el estado*, masa general y *fuerza* en *el gobierno*, sea como quiera, república ó monarquía, *fuerza directiva*. Hé aquí la fórmula de la moderna civilizacion.

¿Estas serán causas suficientes á que la poesía haya cambiado el rumbo de sus manifestaciones? Juzgo que sí. El poema épico, monumento de otras edades, no puede tener hoy el mismo influjo y la misma importancia ni popularidad que entónces.

Ya han desaparecido los Bernardos, los Cides, los Alvaros de Luna, los Orlandos, en fin, todas aquellas figuras que levantándose sobre el nivel de los hombres simbolizaban ó eran la representacion de una idea, de un poder, de una idea: ya van desapareciendo las personalidades; ya no hay nadie superior al coro; para el poema de hoy no hay más accion que la vida de la humanidad, no hay más personajes que un hombre.

Pasaron tambien las escuelas italiana y española con su espontaneidad, su brillantez, su lirismo, propio de la juventud.

¿Cuál es el espíritu de nuestra poesía? Lamartine dice: La razon cantada. Sin elevar este pensamiento á dogma, porque acabaria por convertir las metáforas en arte poética: creo que la musa del saber es llamada al sacerdocio del arte en el siglo XIX.

Goethe asegura que nuestra tendencia debe ser la armonía del espíritu filosófico y romántico moderno con la forma olímpica y majestuosa de la Grecia, y lo desarrolla en su *Fausto* (segunda parte), por el enlace de éste con Helena, tipo de la belleza clásica; el fruto de esta union es la realidad de su sueño, realizada en Lord Byron.

A nosotros, que segun una expresion de Shakspeare, «tenemos el corazon más viejo que la cabeza, nos toca hoy ser médicos de nosotros mismos, como el hombre que pasada la efervescencia de su juventud, se examina tranquilo, y encuentra las enfermedades que sus extravíos han minado su naturaleza. La humanidad que recapacita, la humanidad que establece una regla de conducta, la humanidad que medita en su pasado para adelantar más segura sobre el porvenir peligroso y desconocido.

Sea el poeta el númen de la esperanza, que camine delante de los pueblos sembrando con flores las asperidades de la vida; su voz el himno que conforte al soldado entre el combate, hasta las cumbres de la victoria; su brazo amigo el que aligera á la humanidad el peso de la cruz.

Si juzgamos que ya el poema no obedece á nuestra actual constitucion, el genio lírico encuentra para su desarrollo obstáculos grandes, de una índole más fuerte: la época es prosáica, la utilidad su código, los sentimientos han perdido mucha delicadeza, y en nuestra patria especialmente, la apatía, el deplorable abandono en que cae todo cuanto se dirige á una buena educacion de la inteligencia, hacen estériles los hermosos dones como derraman sobre este país meridional un sol rico de fuego, una primavera rebosando esplendor.

El teatro es, pues, el único baluarte y oráculo de la inspiracion; el teatro, que no exige para el desarrollo del alma ningun esfuerzo de nuestras facultades, es el archivo viviente de nuestros gustos, de nuestros pensamientos, de nuestros secretos, de todo cuanto nos rodea, digno de atencion; el teatro, donde un solo golpe de vista nos ofrece el encantador espectáculo de todas las artes reunidas en fraternal abrazo, como hijas hermosas sobre el seno de una madre coronada con el laurel de las divinidades. La pintura, la escultura, la música, todas se han unido para elevar el templo de la inspiracion, el Olimpo de la inteligencia.

¿Y quién podrá calcular el gran influjo del

n una nacion donde es casi una necesidad? ¿Quién alcular el poder de una escuela donde se aprende eleitando, donde el contínuo ejercicio de una moral iempre en accion, puede llegar á ser para nuestra lma un elemento tan saludable, tan regenerador como l aire para la vida?

El ejemplo nos familiariza con todo; poco á poco, á uerza de ver, á fuerza de oir, á fuerza de hablar, á uerza de pensarse sobre una doctrina, acaba nuestra azon por imponérsela como base de buen gusto, y el uen gusto se convierte al fin en un código.

La oratoria sagrada es demasiado severa, demasiado imponente para reunir por un impulso espontáneo en redor de su cátedra á todas las clases, que repugnan oir en lógica descarnada lo que hace daño, lo que nos arrancariamos de la conciencia si nuestras manos tuviesen poder sobre las cosas divinas.

En el teatro los defectos hacen reir, las catástrofes hacen sentir, las consecuencias hacen pensar, despertando un sentimiento de caridad en favor del bien de todos, pues al bien de todos se encamina la repugnancia que nos inspira tal vicio, la simpatía de tal virtud.

No olvidemos que si bien el teatro es el espejo de las sociedades, tambien ejerce sobre ellas una peligrosa iniciativa; su popularidad es un arma terrible cuando el extravio se apodera de ella. Un arma en manos de un insensato tiene una prodigiosa actividad; pero ¡ay! es la actividad de la destruccion.

Ha querido despojarse al teatro de sus más bellos ornamentos, la poesía y la elevacion, que es como quitar á la juventud su frescura, á los diamantes sus ráfagas. Exagerando una escuela llamada realista, se ha degenerado en la exaltacion de la fealdad moral, á la que tardó poco en acompañar una desnudez verdaderamente *ticiánica*, quedando proscrita la idealidad, ese *quid divinum* de la inspiracion, que es algo más que los detalles y las contorsiones de Teniers; es la angélica aureola de las vírgenes de Murillo, los poemas místicos de Rafael, la vigorosa lozanía de Rubens, el Moisés de Miguel Angel, en una palabra, el más noble esfuerzo de la naturaleza hácia la perfeccion.

Habiendo Dios y existiendo el infinito, ¿cómo podrá el alma negar la idealidad, renunciar á su perfeccionamiento?

Una escuela sensualista ha precedido en el vecino imperio la más grande de las catástrofes modernas: la literatura de los instintos une más al hombre con la tierra; el sensualismo nunca es estéril, siempre produce una hija, la ferocidad. Otra literatura grosera acompañó la agonía de Babilonia, ciudad de la confusion, y la bestia humana, como llama un gran orador á la concupiscencia, era la divinidad del Bajo Imperio, cuando las mujeres esmaltaban en sus joyas con el apoteosis de Priapo, todas las formas del escándalo y todas las fases de la degradacion.

La profundidad filosófica no puede ser enemiga del genio poético; los grandes poetas han sido grandes pensadores, y ejemplos hay en todas la figuras que adelantándose á su siglo han dejado de ello elocuentes pruebas. Calderon, al ser designado por W. Schlegel á toda Alemania como el hombre que con más justicia mereció en el mundo la corona de gran poeta, ¿no tiene, á semejanza del epitafio de Newton, *la vida es sueño*, por inscripcion y lema de su gloria? Shakspeare, al producir en Hamlet *la tragedia del pensamiento*, ¿dejó de ser el Shakspeare de Romeo y Julieta, ó del Sueño de una noche de verano? ¿Y á qué rango pertenece Dante, á los filósofos ó á los poetas?

El verdadero genio es la mirada de Dios sobre la frente de los hombres.

Salud á nuestro teatro, que parece, como el fénix, renacer de sus cenizas para cantarnos el himno de la virtud, para ser la más bella protesta contra nuestros miserables extravíos.

J. Cabrerés.

LOS PRÍNCIPES DE GALES Y SUS HIJOS.

Recordarán nuestros apreciables suscritores que en el núm. XXXVI de La Ilustracion Española y Americana publicamos un excelente retrato del príncipe de Gales, cuando se hallaba enfermo de gravedad el augusto heredero del trono de la Gran Bretaña.

Hoy tenemos el gusto de presentarles la gran lámina de las págs. 120 y 121, en la cual aparecen los retratos de aquellos y de sus hijos.

El, Alberto Eduardo, nació el 9 de Noviembre de 1841, y contrajo matrimonio en 10 de Marzo de 1863 con

Alejandra Carolina, princesa de Dinamarca, hija de Cristian Federico IX y de Luisa Josefina Eugenia, princesa de Suecia y de Noruega, y nació en 12 de Diciembre de 1844.

Cinco son los hijos de este matrimonio:

Alberto Víctor Cristian Eduardo, duque de Edimburgo, que nació el 8 de Enero de 1864;

Jorge Federico Ernesto Alberto, nacido el 3 de Junio de 1865;

Luisa Victoria Alejandra Dagmar, en 20 de Febrero de 1867;

Victoria Alejandra Olga María, en 26 de Noviembre del mismo año, y

Maud (Matilde) Carlota María Victoria, en igual dia de 1869.

Nuestro grabado es un delicado cuadro de familia, copia de una fotografía tomada, pocas semanas hace, en un salon de Sandrigham, cuando el ilustre príncipe de Gales, ya convaleciente de la peligrosa enfermedad que ha padecido, y su jóven y espiritual esposa, se hallaban rodeados de sus hijos queridos.

Actualmente, el príncipe de Gales dirige cartas de gratitud á las Cámaras inglesas y á los soberanos de las demás naciones, y no hace muchos dias que el gobierno español ha remitido á la augusta princesa la banda de damas nobles.

LA GUERRA.

FRAGMENTO.

¿Oís?... ¡es el cañon!... se oye su acento
en el mar, en el llano, en la alta sierra;
su trueno pavoroso
lleva en sus alas retronando el viento,
á turbar de la tierra
el plácido reposo.
Viste la guerra su luciente casco,
sus doradas preseas,
y armada con su lanza y con su escudo,
sedienta de peleas,
vuela al combate rudo.
Su voz al viento lanza;
los hombres á su voz no huyen esquivos;
la siguen en tropel, porque la guerra
les muestra en lontananza
un sol que los deslumbra,
y corren tras sus rayos tan inciertos;
¡pero ese sol enseñará á los vivos
que sólo viene á iluminar los muertos!...
¡Aprenderán que con la sangre humana
se fecundiza el lauro de la gloria:
pues los pueblos se alumbran
con el rojizo sol de la victoria!...

¡No cubrais nada con pomposos nombres!
¿Un palmo más de tierra
creeis que acaso vale
la vida del postrero de los hombres?...
¡Ni la pequeña lágrima
que de los ojos angustiados sale!...
Pero el honor lo manda, y... ¡guerra! ¡guerra!
¡El honor sin entrañas se ha engendrado;
impasible y cruel siempre ha mirado
llenarse de cadáveres la tierra!...

¡Madres, contentas educad los hijos,
hacedlos compasivos y cristianos;
que ya cuando la patria los convoque,
y vengan á las manos
en lucha fratricida,
como hambrienta manada de milanos,
los unos á los otros
se cortarán el hilo de la vida!

Jacinto Labaila.

LA SUSCRICION NACIONAL, EN FRANCIA.

Las noticias que continuamente se reciben de París y de los departamentos de Francia, atestiguan la intensidad del movimiento iniciado por las damas de Alsacia *pour la delivrance du territoire*, como allí se dice, ó sea para lograr en breve tiempo que los soldados alemanes abandonen el suelo francés.

Las damas de Nancy se desprenden de sus joyas y preseas, y ofrecen al Tesoro nacional un millon de francos; y las de Marsella, Lyon, Burdeos y otras poblaciones importantes imitan el ejemplo de aquellas, y reunen tambien cantidades considerables; los obreros de la casa de Thiboust, de París, son los primeros que ofrecen el producto de un dia de trabajo, y declaran que están dispuestos á hacer igual oferta en todos los meses, hasta que la obra nacional tenga cumplido efecto; y como si la voz de aquellos hubiese resonado en todos los ángulos de la Francia, responden con idénticos ofrecimientos los obreros de las demás ciudades, y se reune una cantidad respetable; los notables de Marsella se suscriben por medio millon de francos, y siguen su ejemplo los de otras poblaciones; la Cámara de Comercio de Burdeos, los artistas de los teatros, los profesores y discípulos de los colegios, los empleados en los ferro-carriles, todos los franceses, en fin, secundan el patriótico movimiento.

Hasta los pintores parisienses celebran una reunion, y en ella se comprometen á dar, cada uno de ellos, una de sus mejores obras para la suscricion nacional.

Compréndese desde luego que se necesitó bien pronto dar á este movimiento entusiasta una direccion acertada para que produjera resultados provechosos; y de ahí las proposiciones presentadas para lograrlo, á la Asamblea Nacional, entre las cuales ocupa el lugar más interesante la de Mr. Soubeyran, de la cual ya nos hemos ocupado, aunque brevemente, en la *Revista general* del número IV de La Ilustracion.

El segundo grabado de la pág. 125 recuerda una de las escenas inspiradas por aquel *elan* patriótico: las artistas del teatro Francés, vestidas de terciopelo negro, con encajes blancos en las mangas, —en señal de luto nacional,— improvisan una cuestacion entre los concurrentes al espectáculo, que obtiene los mejores resultados.

Sensible es, por cierto, que en la misma noche en que este acto patriótico era realizado en el teatro citado, ocurrieran en el del Vaudeville, en el estreno de *Rabagas*, de Victoriano Sardou, los deplorables hechos de que han dado ámplias noticias los periódicos noticieros.

Allí los sentimientos más generosos impulsaban á las artistas y conmovian á los espectadores; aquí aparecian en escena, tal vez sin fundado motivo, las miseserables rencillas de los partidos políticos.

De todos modos, en los demás teatros se repitió bien pronto el suceso que tuvo un éxito tan feliz en el Francés, y todos á porfía contribuyeron con modesto óbolo para la obra nacional.

Darian los franceses un alto ejemplo de patriotismo, que admirarian las naciones y consignaria la historia en laureadas páginas, si consiguiesen, por fin, y en virtud de sus propios esfuerzos, el objeto apetecido.

FRANCIA.—LOS NUEVOS IMPUESTOS.

Despues de una guerra desastrosa, concluida con los preliminares de Versalles y las estipulaciones de Francfort, no obstante las altivas frases del desvanecido Mr. Jules Favre:—¡No cederemos un doblon de nuestras arcas, ni una piedra de nuestras fortalezas! miles de millones de francos se necesitan en la abatida Francia para saciar la avaricia alemana; mas la Asamblea nacional rechazó,—como ya hemos dicho en la *Revista general* del número IV de La Ilustracion Española y Americana—el proyecto de impuesto sobre las materias primeras, defendido por Mr. Thiers, y con cuyos productos se abrigaba la esperanza de cubrir una gran parte de la suma, por lo ménos, necesaria para que los soldados prusianos abandonasen el suelo de la Francia.

Claro está que semejante decision de la Cámara exigia la presentacion de otros proyectos de impuestos, no tan odiosos, pero recibidos siempre con desagrado por el pueblo contribuyente, siquiera sean establecidos temporalmente y sólo con el noble objeto—como acaba de decidirse por la Asamblea—de «pagar á Alemania la indemnizacion de la guerra declarada por el ex-emperador Napoleon III;»—decision, dicho sea de paso, que, envolviendo una censura póstuma del gobierno del ex-emperador, quizás haya sido tomada con el fin de matar las aspiraciones bonapartistas, hoy reanimadas con el triunfo que ha obtenido en Córcega el ex-ministro M. Rouher.

Naturalmente, estos decretos de la Asamblea, promulgados por el jefe del poder ejecutivo, aparecen no solamente en los periódicos oficiales, sino tambien en las esquinas de París, y luégo en todas las ciudades de Francia, extendidos en grandes carteles, que el pueblo lee con avidez y comenta de mil modos diversos.

Este es el asunto del primero de los grabados de la pág. 125, hecho sobre un cróquis del natural, que hemos recibido de uno de nuestros corresponsales parisienses.

La suscricion nacional promete pingües resultados (como en otro lugar decimos) para llegar bien pronto, por todos los medios posibles, á la *delivrance du*

territoire; mas el pueblo frances, que ofrece voluntariamente su óbolo con tal objeto, no recibe muy á gusto la imposicion de los nuevos tributos, y dá marcadas muestras de su desagrado cada vez que aparecen en las esquinas de París los citados edictos.

Es de desear que el órden no se turbe; pero la agitacion es grande en algunas poblaciones, y los síntomas de revuelta que se observan no dejan de inspirar inquietud á los gobernantes.

RECUERDOS

DE FILIPINAS.

(Conclusion.)

EL INDIO Y LA INDIA ELEGANTES.

TIPOS FILIPINOS.—Indios elegantes.

Entre la gran variedad de tipos que existen en el delicioso país del que tan gratos recuerdos conservamos, habríamos podido escoger otros más originales, más extraños, más característicos por sus rasgos y condiciones; pero como tal vez habremos de ir describiendo todos, unos en pos de otros, de aquí que hayamos dado hoy la preferencia á los que retrata el grabado de esta página.

No se crea por esto que el indio y la india elegantes no son dignos de fijar la atencion. En el archipiélago filipino todo es nuevo para el europeo, todo merece estudiarse, todo ofrece rasgos y condiciones especiales que evidencian más y más la diversidad de la raza, la variedad de costumbres, la diferencia de caractéres.

La moda, esa diosa caprichosa y voluble que á veces hace imperar su gusto con notoria desventaja de cuantos séres fielmente la rinden culto y queman incienso en sus altares, reina del mismo modo que en la vieja Europa en las remotas posesiones españolas del Asia, si bien en honor de la verdad debemos confesar que allí, ménos humorística y más juiciosa, no impone á sus adoradores de ambos sexos esas extravagancias y exageraciones que de vez en cuando hacen de nuestras bellas compatriotas y de nuestros *dandys*, en lugar de figuras elegantes, verdaderas figuras. Ménos veleidosos la india y el indio, por más que sujetan el traje á las variedades de la moda, conservan en ellos un carácter de naturalidad más primitivo, más agradable, y desde luego ménos ridículo.

Idéntico el traje de la india elegante al de la mestiza (que ya conocen nuestros lectores), tiene aquél otra prenda más, á la que se da el nombre de *tapis*, la cual consiste en una tira de seda, por lo general de color oscuro, de una vara y media de largo por unas tres cuartas escasas de ancho, que rodeándosela la dama á la cintura y quedando algo entreabierta por detrás, marca perfectamente las caderas y sujeta la falda en su parte alta. Algunas señoras, aunque no muchas, suelen sujetar la camisa con la falda y el *tapis*, dejando así lucir su esbelta y elegante cintura; y este traje, de los mismos brillantes colores que el de la mestiza, ofrece un golpe de vista en extremo pintoresco.

El del indio, en cambio, no presenta diferencia alguna con el del mestizo, que ya hemos descrito; igual, camisa por fuera, ya blanca, ya de piña, ya á listas de fuertes y vivos colores.

De mediana fortuna, por regla general, el indio y la india que gozan entre ellos fama de elegantes, y en esa deliciosa edad en la que nada son los cuidados y pesares de la vida, siéndolo todo las diversiones y los placeres, ocúpanse tan sólo, ella de alguna ligera labor, que sin violentar su indolencia característica, no destigure sus bien torneadas manos; y él, ya en terminar su carrera de abogado en la Universidad, ó ya en dejar correr dulcemente su existencia, que se desliza en la para ellos más dulce de las holganzas.

De inteligencia más clara la india, muéstrase por lo comun más reservada en su trato, en el que deja conocer un exceso de amor propio y variedad que á veces la perjudica; aficionada á la lectura de novelas, devora con avidez cuantas consigue procurarse, dando la preferencia á aquellas en que lo falso de los caractéres y lo violento de las situaciones las hace más inverosímiles. El *Gil Blas*, por ejemplo, es monótono, carece de interés; mientras otros ciento de esos absurdos libros que han dado á luz los novelistas franceses, forman sus delicias. Entusiastas de la música, poseen gran facilidad para el piano ó el arpa, que suelen tocar bastante bien, aunque sin el gusto propio de una buena escuela musical.

En igual caso se encuentra el indio; si bien más presuntuoso, cree disfrutar de mejores facultades vocales y musicales, que en mal hora para él luce en cuantas ocasiones ne. Propenso á en el lenguaje términos más nales, graba fácilmente en la moria aquellos llaman su atenc é ingiérelos mejor le parece convengan ó sentido de la fra

Las procesiones los bailes son el tro en donde exhiben el indio india elegantes unas y otros por igual, impu dos por su fervo espíritu religioso su amor sin á las diversiones por su extraordin y natural afan de cir un traje, de resonar en sus ellas, dulces y jeras frases de siasmo y de adm cion.

Idólatras del permanecen hor enteras entregados este violento ejer cio, sin cansarse fatiga.

Sin carecer de los caractéres generales de su su posicion desahogada les hace considerarse muy cima del nivel de aquella, procurando identificarse que no fundirse en otras. En la vida íntima poco ferencias suelen existir relativamente con la masa num de los demás indígenas en cuanto á hábitos, y costumbres. Ignorantes del *confort* de la vida exageradamente apegados á sus tradiciones, no es trañio ver dormir sobre el suelo, sin más cama una ligera esterilla, denominada *petate*, ó andar descalzos por la casa, á los que la víspera se aprecia como tipos de elegancia y buen gusto.

Uno de sus placeres favoritos, como de todos naturales de aquel país, son los baños, tan necesarios para atemperar las naturalezas, y de los que diariamente. El sistema más generalizado es el *tabo*, nombre que se da á la especie de vaso formado por la corteza interior del coco luégo que se ha la carne de este, y el cual se emplea llenándole agua soleada y vaciándole repetidas veces sobre la beza y hombros, para que el líquido pueda deslizar y refrescar todo el cuerpo. Algunas veces, si son las ménos, suelen organizar expediciones campestres con el exclusivo objeto de zambullirse en rio, y entónces organizan el baño en alguna casa vas tapias lamen las aguas, entregando sus cuerpos la corriente, que corlan con notable agilidad buenos nadadores que son, lo mismo los de un que los de otro.

Educados en el temor de Dios, cumplen fielmente los preceptos de nuestra sagrada religion, mereciéndoles sus ministros un respeto y una consideracion es muy conveniente conservar por muchos y diferentes conceptos. Esta, como otras condiciones, es de más características de toda la raza, y de las que merecen fijar la atencion de los que con la mejor intencion, con el más vivo deseo de llevar los progresos de la civilizacion á aquellos países, pero con poco acierto, pretenden implantar exageradas reformas.

Aun cuando parece natural que el indio y la india elegantes debieran prescindir de ciertos hábitos, si no perjudiciales á la salud, son poco agradables á la vista, no por esto dejan de mascar tambien el *buyo*, aunque con ménos frecuencia y más reserva, circunstancia con la cual tácitamente confiesan lo feo de esa costumbre, que en las clases ínfimas ha llegado á hacerse constante.

En realidad, el indio y la india elegantes no poseen condiciones propias bastantes para constituir verdaderos tipos, cual otros tantos de los que existen en el archipiélago filipino, y que, como el cocinero ó el gobernadorcillo, hemos procurado dar á conocer.

A. DE VILLARALBO.

AJEDREZ.

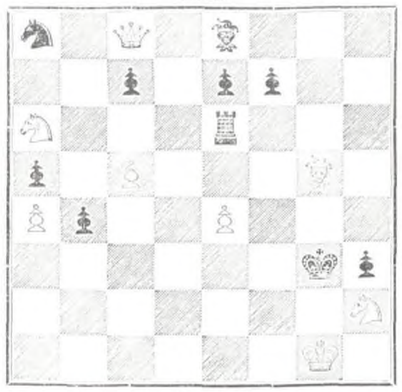
Solucion al problema núm. 2, compuesto por don Vicente M. Portilla (Méjico).

BLANCAS.	NEGRAS.
1.º A 2 C D.	1.º A 1 A.
2.º T 1 D.	2.º A 1 T.
3.º T 7 R jaque.	3.º R 1 C.
4.º P de mate.	

PROBLEMA NÚM. 3.

Compuesto por don Vicente M. Portilla (Méjico).

BLANCAS.



NEGRAS.

Las blancas dan mate en cuatro jugadas.

MADRID.—IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.....	8,400 reis.	4,300 reis.	2,300 reis.

AÑO XVI.—NÚM. IX.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 1.º de Marzo de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas..	L. E.—3	L. E.—1-12/4

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por el marqués de Valle-Alegre.—Los minómanos: Cuento que no lo es, por don Antonio de Trueba.—Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas.—Relaciones del trabajo y del capital: Medios de conseguir su equilibrio, por don José de Obeso y Quevedo.—El marqués de Miraflores, por *Flavio*.—«El vigía de la costa,» cuadro de Mr. A. H. Marsh.—La plaza de Armas de la Habana, por don Pascual de Riesgo.—El emperador del Brasil en la Academia Española.—El conflicto anglo-americano: Cuestion del *Alabama*.—Armadura ecuestre de Felipe II, por don J. Puiggari.—Helechos, por don Alfonso de Arcitto y Larrinaga.—Magdalena, canto épico, por *Lossing*.—Un poeta mártir, por don Gonzalo Calvo Ascensio.—Incendio del vapor *Lucciza*.—Los emperadores del Brasil en Madrid.—Suelto.

GRABADOS.—Retrato del Excmo. señor marqués de Miraflores.—Retrato del Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas.—Isla de Cuba: Vista de la plaza de Armas de la Habana.—Bellas artes: «El vigía de la costa.»—Madrid: Sesion de la Academia Española, con asistencia de S. M. el emperador del Brasil.—Armadura de Felipe II, en la Armería Real.—*Dicksonia arborescens*, helecho arbóreo de la Australia, existente en el Jardin Botánico.—Washington: Cuestion del *Alabama*; una sesion de la Comision anglo-americana.—Incendio del vapor *Lucciza*, en la travesía de Buenos Aires á Montevideo.—Madrid: *Pour souvenir* del autógrafo que los emperadores del Brasil escribieron en el álbum del Colegio de sordo-mudos y ciegos.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

I. EXTERIOR.—INGLATERRA.—Todavía el *Alabama*.—Globbiene y el ministerio.—Los intereses de la paz.—El vil metal.—FRANCIA.—Golpe de Estado parlamentario.—La supresion de *Le Gaulois* y de *L'Ami*.—La resurreccion de *Le Pays*.—Medidas violentas.—Parte amena.—Una cruz á un calista.—Cifra á un mozo de café.—Muerte de un jugador celebre.

II. INTERIOR.—Visitas é interpretaciones.—El marqués de Sardoal y el señor Sagasta.—La cuestion nacional.—Los nuevos ministros.—Lo que se ve y lo que se teme.—Necrología.—La duquesa de Veragua.—La señorita de Topete.—D. Eugenio de Ochoa.

III. TEATROS Y SALONES.—ESPAÑOL.—*Nicolás Rienzi*, drama póstumo de Cárlos Rubio.—TEATRO DE LA ÓPERA.—*Dinorah*, de Meyerbeer.—Las recepciones en Cuaresma.

I.

Poco nuevo y poco importante en el resto de Europa desde la semana anterior; en cambio, mucho é importantísimo en Francia y en España.

En Inglaterra el asunto del *Alabama* sigue lenta y perezosamente su camino: ni los *yankees* ni los ingleses tienen demasiadas ganas de venir á las manos. Murmuran los unos de los otros; se enseñan los dientes y se amenazan; pero no se atreven á romper las hostilidades, porque se temen recíprocamente.

Los Estados Unidos, que no cuentan con una marina respetable, recelan que la suerte de las armas *no* les favoreciese si emprendieran una guerra inmediata; John

Excmo. Sr. marqués de Miraflores, fallecido el 20 de Febrero (pág. 134).